

(ii) Es *un testigo* de la historia de Cristo. Un testigo es el que puede decir: «Esto es verdad, y yo lo sé» y también «produce resultados». Es uno que transmite, no solamente la historia de Cristo, sino también la historia de lo que Cristo ha hecho por él.

(iii) Es *un enviado*. Un enviado es uno cuyo deber es representar a su país en tierra extranjera. Un enviado en el sentido cristiano es por tanto uno que comunica la historia de Cristo a otros. Quiere comunicar la historia a otros para que represente tanto para ellos como representa para él.

(iv) Es *un maestro*. *El heraldo* es la persona que proclama los hechos; *el testigo* es la persona que proclama el poder de los hechos; *el enviado* es la persona que recomienda los hechos; *el maestro* es la persona que conduce a otros al significado de los hechos. No basta con conocer y saber que Cristo vivió y murió; debemos pensar a fondo lo que eso quiere decir. Una persona debe no sólo sentir la maravilla de la historia de Cristo; debe pensar a fondo en su significado para sí mismo y para el mundo.

BARRERAS PARA LA ORACIÓN

1 Timoteo 2:8-15

Así pues, es mi deseo que los hombres oren en todos los lugares elevando manos santas, sin ira en sus corazones ni dudas en sus mentes. De la misma manera es también mi deseo que las mujeres se adornen con modestia y discreción y ropa adecuada. Este adorno no debe consistir en peinados artificiosos y adornos de oro y perlas sino -como corresponde a mujeres que profesan reverenciar a Dios- deben adornarse con buenas obras. Que la mujer aprenda en silencio y con toda sumisión. Yo no permito enseñar o recibir el hombre de la mujer. Más bien mi consejo es que ésta

mantenga silencio. Porque Adán fue formado primero y después Eva; y Adán no fue engañado, sino la mujer, que se vio envuelta en transgresión de esa manera. Pero las mujeres serán salvas criando hijos, si se mantienen en la fe y en el amor, y si se conducen con prudencia por el camino que conduce a la santidad.

La Iglesia Primitiva adoptó la actitud judía para la oración, que era de pie, con los brazos extendidos y las palmas hacia arriba. Más tarde Tertuliano había de decir que ésta reflejaba la postura de Jesús sobre la cruz.

Los judíos siempre habían sabido de ciertas barreras que impedían que las oraciones llegaran a Dios. Isaías oyó a Dios decirle a Su pueblo: «Cuando extendáis vuestros brazos, esconderé de vosotros Mis ojos; aunque elevéis muchas preces, no escucharé; vuestras manos están llenas de sangre» (*Isaías 1:15*). Aquí también se demandan ciertas condiciones.

(i) El que ore debe extender manos santas. Debe mantener elevadas hacia Dios manos que no toquen las cosas prohibidas. Esto no quiere decir ni por un momento que el pecador no tenga acceso a Dios; pero sí quiere decir que no hay realidad en las oraciones de la persona que sale a ensuciarse las manos con cosas prohibidas como si nunca hubiera orado. No se está pensando en el hombre que se encuentra en las garras de alguna pasión y desesperadamente luchando contra ella, amargamente consciente de su fracaso. Se está pensando en el hombre cuyas oraciones son un puro formulismo.

(ii) El que ore no ha de tener ira en su corazón. Se ha dicho que «el perdón es indivisible.» El perdón humano y el divino van de la mano. Una y otra vez Jesús subraya el hecho de que no podemos esperar recibir el perdón de Dios mientras estemos enemistados con nuestros semejantes. «Por tanto, si traes tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve, reconcíate primero con tu hermano, y entonces vuelve y presenta tu ofrenda» (*Mateo 5:23s*). «Pero si no perdonáis sus ofensas a

los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (*Mateo 6:15*). Jesús cuenta que el siervo que se negó a perdonar se encontró con que a él tampoco se le perdonaba, y termina: «Así también Mi Padre celestial hará con cualquiera de vosotros que no perdone a su hermano de todo corazón» (*Mateo 18:35*). Para ser perdonado uno tiene que ser perdonador. *La Didajé*, el primero de los libros cristianos sobre el culto público, que data de alrededor del año 100 d.C. dice: «Que no venga a nosotros ninguno que tenga una pelea con su prójimo hasta que se reconcilien.» El rencor en el corazón de una persona es una barrera que impide que sus oraciones lleguen a Dios.

(iii) El que hace oración no debe tener dudas en la mente. Esta frase puede querer decir dos cosas. La palabra que se usa es *dialoguismós*, que puede querer decir o *discusión o duda*. Si la tomamos en el sentido de *discusión*, simplemente repite lo que precede y reitera el hecho de que el rencor y las peleas y las discusiones envenenadas son un obstáculo para la oración. Es mejor tomar el sentido de *duda*. Antes de que la oración sea contestada tiene que haber fe en que Dios contestará. Si una persona ora de una manera pesimista y sin una fe verdadera en que tiene sentido, su oración cae a tierra porque no tiene alas para remontarse. Antes de que una persona pueda ser curada, debe creer que puede ser curada; antes que una persona pueda echar mano de la gracia de Dios debe creer en esa gracia. Debemos dirigir a Dios nuestras oraciones en completa confianza de que Él escucha y contesta la oración.

LAS MUJERES EN LA IGLESIA

1 Timoteo 2:8-15 (conclusión)

La segunda parte de este pasaje trata del lugar de las mujeres en la Iglesia. No se puede leer fuera de su contexto histórico por surgir totalmente de la situación en la que se escribió.

(i) Se escribió desde un trasfondo judío. No ha habido nunca una nación que diera a las mujeres un lugar más importante en el hogar y en la familia que los judíos; pero oficialmente la posición de la mujer era muy inferior. Para la ley judía no era una persona sino una cosa; estaba totalmente a disposición de su padre o de su marido. Se le prohibía aprender la Ley; el instruir a una mujer en la Ley era echar perlas a los puercos. Las mujeres no tomaban parte en el culto de la sinagoga; estaban encerradas aparte en una sección de la sinagoga, como si dijéramos en «el gallinero» donde no se las podía ver. Un hombre iba a la sinagoga *para aprender*; pero, como mucho, una mujer iba *para oír*. La lección de la escritura la leían en la sinagoga los miembros de la congregación; pero nunca mujeres, porque eso habría sido «quitarle honor a la congregación.» Estaba prohibido el que una mujer enseñara en una escuela; ni siquiera a los niños más pequeños. Una mujer estaba exenta de las demandas concretas de la Ley. No le era obligatorio asistir a las fiestas y a los festivales sagrados. Las mujeres, los esclavos y los niños eran de la misma clase. En la oración judía de la mañana, un varón daba gracias a Dios porque no le había hecho «gentil, esclavo o mujer.» En los *Dichos de los Padres* Rabí Yosé Ben Yohanán se cita como diciendo: «Que tu casa esté siempre totalmente abierta, y que los pobres sean tu familia y no hables mucho con ninguna mujer.» De ahí que los sabios hubieran dicho: «Cualquiera que habla mucho con una mujer trae desgracia sobre sí mismo, se aparta de las obras de la Ley y por último hereda de gehena». Un estricto rabino no saludaba nunca a una mujer en la calle, aunque fuera su esposa o hija o madre o hermana. Se decía de la mujer: «Su misión es enviar los niños a la sinagoga; atender a las cuestiones domésticas; dejar libre a su marido para que estudie en las escuelas; y mantener la casa para él hasta que vuelva.»

(ii) Se escribió desde un trasfondo griego. El trasfondo griego ponía las cosas doblemente difíciles. El lugar de la mujer en la religión griega era bajo. El Templo de Afrodita en

Corinto tenía mil sacerdotisas que eran prostitutas sagradas, y todas las tardes cumplían su función en las calles de la ciudad. El Templo de Diana en Éfeso tenía centenares de sacerdotisas que se llamaban *melissae*, que quiere decir *abejas*, cuya función era la misma. Una mujer griega respetable llevaba una vida muy recluida. Vivía en una parte de la casa a la que no accedía nada más que su marido. No estaba presente ni en las comidas. Nunca se la veía sola en la calle; nunca asistía a ninguna reunión pública. El hecho es que si en un pueblo griego las mujeres cristianas hubieran tomado una parte activa y hubieran hecho uso de la palabra, la Iglesia habría ganado inevitablemente la reputación de ser una guarida de mujeres livianas.

Además, en la sociedad griega había mujeres que no vivían más que para vestirse y peinarse elaborada y lujosamente. Plinio nos cuenta que hubo una novia en Roma, Lollia paulina, cuyo vestido de boda costó el equivalente de 100 millones de pesetas o un millón de dólares. Hasta los griegos y los romanos se escandalizaban del amor a los vestidos y las joyas que caracterizaba a algunas de sus mujeres. Las grandes religiones griegas se llamaban misterios o religiones misteriosas, que tenían precisamente las mismas reglas acerca del vestir que Pablo expone aquí. Hay una inscripción que dice: < Una mujer consagrada no ha de tener adornos de oro, ni colorines, ni polvos, ni diademas, ni pelo enrevesado, ni zapatos, excepto los que se hacen de piel de ante o de las pieles de animales sacrificados. » La Iglesia Primitiva no establecía estas reglas con carácter permanente, sino como cosas necesarias en la situación en que se encontraba.

En cualquier caso hay mucho que decir de la otra parte. En la antigua historia había una mujer que fue creada en segundo lugar y que sucumbió a la seducción del tentador de la serpiente tentadora; pero fue María de Nazaret la que dio a luz y crió al niño Jesús; fue María de Magdala la primera persona que vio al Señor resucitado; fueron cuatro mujeres de entre todos los discípulos las que se mantuvieron al pie de la cruz.

Priscila, con su marido Aquila, eran maestros apreciados en la Iglesia Primitiva, que condujeron a Apolos al conocimiento pleno de la verdad (*Hechos 18:26*). Evodia y Síntique, a pesar de sus desavenencias, eran mujeres que trabajaban en el Evangelio (*Filipenses 4:2s*). El evangelista Felipe tenía cuatro hijas que eran profetisas (*Hechos 21:9*). Las mujeres de más edad tenían que enseñar (*Tito 2:3*). Pablo consideraba a Lidia y Eunice dignas del más alto honor (*2 Timoteo 1:5*); y hay muchos nombres de mujer en el cuadro de honor de los servidores de la Iglesia en *Romanos 16*.

Todo lo de este capítulo son reglas meramente temporales para satisfacer una situación dada. Si queremos saber el punto de vista definitivo de Pablo en esta cuestión, vayamos a *Gálatas 3:28*: < No hay diferencia entre judíos o griegos, esclavos o libres, varones o mujeres, porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo. » En Cristo se borran en la Iglesia las diferencias de lugar y honor y cargos.

Y sin embargo este pasaje termina con una verdad indudable. Las mujeres, dice, se salvarán criando hijos. Esto puede querer decir dos cosas. Es posible que sea una referencia al hecho de que María, una mujer, fue la madre de Jesús, y que eso quiera decir que las mujeres se salvarán -como también los hombres- por ese acto supremo de dar a luz al Mesías. Pero es mucho más probable que el sentido sea mucho más sencillo; y que aquí se quiera decir que las mujeres encontrarán la salvación, no en hablar en las reuniones, sino en la maternidad, que es su corona. Aparte de todos los otros sentidos posibles, la mujer es la reina del hogar.

No debemos leer este pasaje como una barrera para el trabajo de las mujeres en la Iglesia, sino a la luz de su trasfondo judío y griego. Y debemos buscar el punto de vista permanente de Pablo en el pasaje en que nos dice que las diferencias se han borrado, y que hombres y mujeres, esclavos y libres, judíos y gentiles, son todos igualmente elegibles en el servicio de Cristo.

LOS DIRIGENTES DE LA IGLESIA

1 Timoteo 3:1-7

Hay un dicho que todos debemos creer: Si uno aspira al cargo de supervisor de la iglesia, es un trabajo digno el que se ha propuesto. El supervisor debe ser un hombre que no esté sujeto a críticas. Debe haber estado casado solamente una vez; debe ser sobrio, prudente, de buenos modales, hospitalario y con capacidad para la enseñanza. No debe ser excesivamente aficionado al vino, ni ser la clase de persona que se enfrenta con otros, sino debe ser amable y pacífico y libre del amor al dinero. Debe tener su casa en orden, manteniendo a sus hijos bajo control con completa dignidad. (Si uno no sabe dirigir su propia casa, ¿cómo va a estar a cargo de la congregación de Dios?) No debe ser un converso reciente, no sea que se enorgullezca con un sentimiento de su propia importancia, y caiga así en la misma condenación que el diablo. Debe haberse ganado el respeto de los de fuera de la Iglesia, para que no caiga en críticas y en lazo del diablo.

Éste es un pasaje muy importante desde el punto de vista del gobierno eclesiástico. Trata del hombre al que la versión Reina-Valera y muchas otras traducciones llaman *el obispo*, y que hemos traducido por *supervisor*.

En el Nuevo Testamento hay dos palabras que describen a los dirigentes principales de la Iglesia, es decir, los encargados que se habían de encontrar en todas las congregaciones y de cuya conducta y administración dependía su buena marcha.

(i) Estaba el hombre que se llamaba *el anciano (presbyteros)*. El cargo de anciano es el más antiguo de todos los de la Iglesia. Los judíos tenían sus ancianos, y remontaban su origen a la situación en que Moisés, en el tiempo de la peregrinación por el desierto, nombró a 70 hombres para que le ayudaran en la tarea de controlar y cuidarse del pueblo (*Números 11:16*).

Todas las sinagogas tenían sus ancianos, que eran los verdaderos dirigentes de la comunidad judía. Presidían el culto de la sinagoga; administraban reprensión y disciplina cuando era necesario; zanjaban los pleitos que en otros países se habrían llevado a los tribunales.

Entre los judíos los ancianos eran hombres respetables que ejercían una supervisión paternal sobre los asuntos espirituales y materiales de cualquier comunidad judía. Pero los judíos no eran los únicos que tenían el cargo de anciano. El cuerpo rector de los espartanos se llamaba la *guerusia*, que quiere decir *la junta de los ancianos*. El Parlamento de Roma se llamaba el *Senado*, que viene de *sénex*, que quiere decir *un anciano*. En Inglaterra los hombres que se cuidaban de los asuntos de la comunidad se llamaban *aldermen*, que quiere decir *ancianos*. En los tiempos del Nuevo Testamento todas las aldeas de Egipto tenían sus ancianos que se cuidaban de los asuntos de la comunidad. Los ancianos tenían una larga historia, y tenían un lugar importante en la vida de casi todas las comunidades.

(ii) Pero algunas veces el Nuevo Testamento usa otra palabra, *episkopos*, que se suele traducir por la palabra que ha dado en español, *obispo*, y que quiere decir literalmente *supervisor o superintendente*. Esta palabra también tiene una historia larga y honrosa. La Septuaginta, la versión griega del Antiguo Testamento, la usaba para describir a los *capataces*, que estaban a cargo de las obras públicas y los proyectos de edificación (*2 Crónicas 34:17*). Los griegos la usaban para describir a los hombres nombrados para ir de la ciudad madre a regular los asuntos de una colonia recién fundada en algún lugar lejano. La usaban para describir lo que nosotros llamaríamos comisionados, nombrados para poner en orden los asuntos de una ciudad. Los romanos la usaban para describir a los magistrados nombrados para supervisar la venta de los alimentos dentro de la ciudad de Roma. Se usa de los delegados especiales nombrados por un rey para ver que las leyes que había establecido se cumplieran. *Episkopos* siempre implica dos

cosas: Primera, la supervisión de algún área o esfera de trabajo, y segunda, la responsabilidad o algún poder ante autoridad superior.

La cuestión es: ¿Qué relación había en la Iglesia Primitiva entre el anciano, *presbyteros*, y el supervisor, *epískopos*.

La investigación moderna mantiene prácticamente unánimemente que en la Iglesia Original el *presbyteros* y el *epískopos* eran lo mismo. La base para esa identificación es: (a) Los ancianos se nombraban en todas las iglesias. Después del primer viaje misionero Pablo y Bernabé eligieron ancianos en todas las iglesias que habían fundado (*Hechos 14:23*). A Tito se le instruye que nombre y ordene ancianos en todas las ciudades de Creta (*Tito 1:5*). (b) Las cualificaciones de un *presbyteros* y las de un *epískopos* son idénticas en todos los sentidos (*1 Timoteo 3:2-7; Tito 1:6-9*). (c) Al principio de *Filipenses*, Pablo dirige sus saludos a los obispos y los diáconos (*Filipenses 1:1*). Es totalmente imposible que Pablo no mandara saludos a todos los ancianos que, como ya hemos visto, había en todas las iglesias; y por tanto los obispos y los ancianos deben ser la misma clase de personas en la iglesia. (d) Cuando Pablo estaba haciendo su último viaje a Jerusalén, mandó llamar a los ancianos de Éfeso para que se reunieran con él en Mileto (*Hechos 10:17*), y en el curso de su conversación con ellos les dice que Dios los ha hecho *episkopoi* para alimentar la Iglesia de Dios (*Hechos 20:28*). Es decir: Se dirige precisamente al mismo cuerpo de hombres, primero como ancianos, y luego como obispos o supervisores. Cuando Pedro está escribiendo a los suyos, les habla como un anciano a ancianos (*1 Pedro 5:1*), y entonces pasa a decir que su función es supervisar el rebaño de Dios (*1 Pedro 5: 2*), y la palabra que usa para supervisar, es el verbo *episkopein*, del que deriva *epískopos*. Toda la evidencia del Nuevo Testamento contribuye a demostrar que el *presbyteros* y el *epískopos*, el anciano y el obispo o supervisor, eran lo mismo y los mismos.

Surgen dos preguntas. La primera, si eran lo mismo, ¿por qué se usaban dos nombres para designarlos? La respuesta es

.que *presbyteros* describía a aquellos dirigentes de la Iglesia tal como eran personalmente. Eran los hombres más ancianos, miembros respetados en la comunidad. *Epískopos*, por otra parte, describía su función, que era supervisar la vida y el trabajo de la iglesia. Una palabra describía al hombre; la otra describía su tarea.

La segunda pregunta es: Si el anciano y el obispo eran lo mismo en un principio, ¿cómo llegó a ser el obispo lo que llegó a ser? La respuesta es sencilla. Era inevitable que el cuerpo de los ancianos requiriera y adquiriera un moderador. Era esencial que alguien asumiera la dirección, y eso fue lo que sucedió. Cuanto más organizada llegó a estar la Iglesia tanto más era normal que surgiera tal figura. Y el anciano que sobresalía como dirigente llegó a ser conocido como el *epískopos*, el superintendente de la iglesia. Pero ha de notarse que era simplemente un dirigente entre iguales. Era de hecho el anciano cuyas circunstancias y cualidades personales se combinaban para hacerle dirigente de la obra de una congregación de la Iglesia Cristiana.

Se verá que el traducir *epískopos* por la palabra *obispo* en el Nuevo Testamento le da un sentido que no le corresponde. Es mejor traducirla por *supervisor o superintendente*.

EL NOMBRAMIENTO Y LOS DEBERES DE LOS DIRIGENTES DE LAS IGLESIAS

1 Timoteo 3:1-7 (continuación)

Este pasaje es interesante además porque nos dice algo del nombramiento y los deberes de los dirigentes de la Iglesia.

(i) Se los apartaba oficialmente para su responsabilidad. Tito tenía que ordenar ancianos en todas las iglesias (*Tito 1:5*). Los encargados de la iglesia no se nombraban en secreto; se los apartaba a la vista de todos; el honor de la Iglesia se ponía en sus manos públicamente.

(ii) Tenían que pasar un período de prueba. Primero tenían que ser aprobados (1 *Timoteo* 3:10). Nadie construye un puente o una maquinaria con metal que no haya sido probado. La Iglesia haría bien en ser más estricta en la prueba de los que son elegidos como dirigentes.

(iii) Se les pagaba por el trabajo que tenían que hacer. El obrero se merecía su salario (1 *Timoteo* 5:18). El dirigente cristiano no trabaja por el sueldo; pero, por otra parte, es el deber de la iglesia que le ha escogido para ese trabajo proveerle de los medios de vida.

(iv) Estaban expuestos a la crítica (1 *Timoteo* 5:19-22). En la Iglesia Primitiva los encargados tenían una doble función. Eran dirigentes de la iglesia; pero eran también servidores de la iglesia. Tenían que dar cuenta de su administración. Ningún encargado cristiano se debe considerar libre de tener que dar cuenta; es responsable ante Dios y ante la comunidad sobre la que Dios le ha encargado presidir.

(v) Tenían la obligación de *presidir* las asambleas cristianas y de *enseñar* a la congregación cristiana (1 *Timoteo* 5:17). El encargado cristiano tiene la doble obligación de *administrar* y de *instruir*. Bien puede ser que una de las tragedias de la Iglesia moderna sea que la función administrativa haya usurpado el espacio de la función docente casi totalmente. Es triste ver que pocos ancianos se ocupan activamente de la enseñanza de niños y jóvenes en la Escuela Dominical.

(vi) El encargado no tenía que ser *un converso reciente*. Se dan dos razones para esta norma. La primera está bien clara. Es «no sea que se envanezca con un sentimiento de su propia importancia.» La segunda no está tan clara. Es, como dice alguna versión: «No sea que caiga en la condenación del diablo.» Hay tres posibles explicaciones de esta frase tan extraña. (a) Fue por su orgullo por lo que Lucifer se rebeló contra Dios y fue expulsado del Cielo. Y esto puede ser sencillamente una segunda advertencia del peligro del orgullo. (b) Puede que quiera decir que si el converso que se pone en un puesto de responsabilidad demasiado pronto llega a ser culpable de

orgullo, le da al diablo una oportunidad de hacer sus acusaciones contra él. Un encargado de iglesia que sea muy creído le da al diablo una oportunidad de sugerirle a los críticos de la Iglesia: «¡Fijaos! ¡Ahí tenéis a vuestro cristiano! ¡Ése es vuestro miembro de iglesia! ¡Así son todos los dirigentes!» (c) La palabra *diábolos* tiene dos significados. Quiere decir *diablo*, y ese es el sentido en que la ha tomado aquí la ReinaValera; pero también quiere decir *calumniador*. Es de hecho la palabra que se usa para *calumniador* en el versículo 11 donde se prohíbe a las mujeres que sean calumniadoras. Así es que esta frase puede querer decir que el converso reciente que ha sido nombrado para un cargo, como si dijéramos, le ha crecido la cabeza, da ocasión a los calumniadores. Su conducta indigna es una munición para todos los que están en contra de la Iglesia. No importa cómo lo tomemos; lo importante es que un dirigente de iglesia presumido es una mala inversión para la iglesia.

Pero, desde que la Iglesia lo descubrió, la responsabilidad del encargado no empezaba ni terminaba en la iglesia local. Tenía otras dos esferas de responsabilidad, y si fallaba en ellas era impecable que fallara también en la iglesia.

(i) Su primera esfera de responsabilidad era su propio hogar. Si no sabía gobernar su propia casa, ¿cómo se podía encargar de la tarea de gobernar la casa del Señor? (1 *Timoteo* 3:5). El que no hubiera conseguido hacer un hogar cristiano no se podía esperar que consiguiera hacer una congregación cristiana. El que no hubiera instruido a su propia familia está claro que no sería idóneo para instruir a la familia de la Iglesia.

(ii) La segunda esfera de responsabilidad era el mundo. Tenía que ser «bien considerado por los de fuera» (1 *Timoteo* 3: 7) Debe ser un hombre que se haya ganado el respeto de sus contemporáneos en los negocios de la vida de día a día. No hay nada que le haya hecho más daño a la Iglesia que los que son activos en ella cuya profesión y vida social desmiente la fe que profesan y los preceptos que enseñan. El encargado cristiano debe en primer lugar ser una buena persona.

CARÁCTER DEL DIRIGENTE CRISTIANO

1 Timoteo 3:1-7 (continuación)

Acabamos de leer que el dirigente cristiano debe ser una persona que se haya ganado el respeto de todos los demás. En este pasaje encontramos una gran serie de palabras y frases que describen su carácter; y valdrá la pena considerar cada una por turno. Antes de hacerlo será interesante colocar al lado de ellas dos descripciones famosas hechas por grandes pensadores paganos acerca del carácter del buen dirigente. Diógenes Laercio (7:116-126) nos transmite la descripción estoica. Debe estar casado; debe carecer de orgullo; debe ser modesto; debe combinar la prudencia intelectual con la excelencia de la conducta exterior. Un escritor llamado Onosandro nos da la otra. Debe ser prudente, controlado, sobrio, frugal, sufrido en el trabajo, inteligente, sin amor al dinero, ni joven ni viejo, a ser posible padre de familia, capaz de hablar competentemente, y de buena reputación. Es interesante ver hasta qué punto coinciden las descripciones pagana y cristiana.

El dirigente cristiano debe ser *un hombre al que no se le pueda criticar de nada (anepilémptos)*. *Anepilémptos* se usa de una posición que no está expuesta al ataque, de una vida que no está expuesta a la censura, de un arte o técnica que es tan perfecto que no se le puede encontrar ningún fallo, de un acuerdo que es inviolable. El dirigente cristiano no debe estar sólo libre de las faltas a las que pueda estar expuesto por acusaciones definidas; también debe tener tan buen carácter como para no estar expuesto a la crítica. Alguna versión antigua del Nuevo Testamento traduce la palabra griega por una muy inusual en inglés, *irreprehensible*, a quien no se le pueda encontrar un fallo. Los griegos mismos definían la palabra como «no ofreciendo nada que un adversario pudiera utilizar en su contra.» Aquí tenemos el ideal de la perfección. No seremos capaces de realizarlo plenamente; pero sigue en pie el hecho de que un dirigente cristiano debe tratar de ofrecerle

.al mundo una vida de tal pureza que no deje ninguna grieta abierta para la crítica.

El dirigente cristiano debe haber estado casado sólo una vez. El original quiere decir literalmente que debe ser < el marido de una sola mujer.> Algunos interpretan que esto quiere decir que el dirigente cristiano debe ser casado, y es posible que ése sea un sentido legítimo. Es indudablemente cierto que un hombre casado puede recibir confidencias y aportar ayudas de una manera que un soltero no puede, y que puede aportar una comprensión y simpatía especiales a muchas situaciones. Unos pocos interpretan que quiere decir que el dirigente cristiano no puede casarse por segunda vez, ni siquiera después de la muerte de su primera esposa. Citan en apoyo de esta idea la enseñanza de Pablo en 1 *Corintios* 7. Pero, por su contexto aquí, podemos estar seguros de que la frase quiere decir que el dirigente cristiano debe ser un marido fiel, que mantenga el matrimonio en toda su pureza. En tiempo posterior los *Cánones Apostólicos* establecían: < El que haya contraído más de un matrimonio después de su bautismo, o el que haya tomado una concubina, no puede ser elegido *epískopos, un obispo.*>

Podríamos preguntar por qué era necesario establecer algo que parece tan obvio. Debemos tener presente el estado del mundo en que se escribió esto. Se ha dicho, y con mucho acierto, que la única virtud totalmente nueva que aportó al mundo el Cristianismo fue la castidad. El mundo antiguo estaba en muchos sentidos en un estado de caos moral, incluido el mundo judío. Aunque pueda parecer alucinante, algunos judíos todavía practicaban la poligamia. En el *Diálogo con Trifón*, en el que Justino Mártir discute el Cristianismo con judíos, se dice que < es posible que un judío tenga, aún ahora, cuatro o cinco mujeres> (*Diálogo con Trifón* 134). Josefo podía escribir: «Según costumbre ancestral un hombre puede vivir con más de una mujer» (*Antigüedades de los Judíos* 17:1,2).

Totalmente aparte de estos casos raros, el divorcio era trágicamente fácil en el mundo judío. Los judíos tenían el ideal más

alto del matrimonio. Decían que un hombre debe entregar la vida antes que cometer asesinato, idolatría o adulterio. Tenían la creencia de que los matrimonios se hacen en el Cielo. En la historia de la boda de Isaac y Rebeca se dice: < Este asunto procede del Señor» (*Génesis 24:50*). Esto se interpretaba que quería decir que el matrimonio lo concertaba Dios. Así que se dice en *Proverbios 19:14*: «Una esposa prudente es algo que procede del Señor. » En la historia de Tobías, el ángel dice a Tobías: «No tengas miedo, porque ella fue preparada para ti desde el principio» (*Tobías 6:17*). Los rabinos decían: «Dios se sienta en el Cielo para concertar los matrimonios.» «Cuarenta días antes de que empiece a formarse el niño una voz celestial proclama su cónyuge.»

A pesar de todo eso la ley judía permitía el divorcio. El matrimonio era por supuesto el ideal, pero el divorcio estaba permitido. El matrimonio era «inviolable pero no indisoluble.» Los judíos mantenían que una vez que el matrimonio ideal había sufrido una sacudida por crueldad o infidelidad o incompatibilidad, lo mejor era permitir un divorcio y que los dos pudieran tener un nuevo principio. La gran tragedia era que la mujer no tenía absolutamente ningunos derechos. Josefo dice: «Entre nosotros es legal que el marido disuelva el matrimonio; pero la mujer, si se aparta de su marido no puede casarse con otro, a menos que su marido anterior le conceda el divorcio» (*Antigüedades de los Judíos, 15:8, 7*). En caso de divorcio por consentimiento, en los tiempos del Nuevo Testamento, todo lo que se requería eran dos testigos, sin que se tuviera que pasar por el juzgado. Un marido podía despedir a su mujer por cualquier causa; como mucho una mujer podía solicitar al juzgado que hicieran lo posible para que su marido le escribiera la carta de divorcio; pero no se le podía obligar a darla.

En vista de la situación, las cosas llegaron a tal punto que «las mujeres se negaban a contraer matrimonio, y los hombres encanecían célibes.» Se puso el freno en este proceso mediante una legislación que introdujo Simón ben Shétaj. Una mujer

judía siempre aportaba a su marido una dote que se llamaba *ketubá*. Simón estableció que un hombre podía disponer totalmente de la *ketubá* mientras siguiera casado con su mujer, pero si la divorciaba estaba obligado irremisiblemente a devolverla, aunque para ello tuviera que < vender hasta su pelo.» Esto era un freno para el divorcio; pero el sistema judío siempre estuvo viciado por el hecho de que la mujer no tenía derechos.

En el mundo gentil las cosas estaban infinitamente peor. Allí también, según la ley romana, la esposa no tenía ningún derecho. Catón decía: «Si sorprendieras a tu mujer en adulterio, podrías matarla impunemente, sin peligro a juicio; pero si tú estuvieras implicado en adulterio, ya se guardaría ella muy bien de levantar un dedo contra ti, porque sería ilegal.» Las cosas se pusieron tan mal y el matrimonio se convirtió en algo tan molesto que en 131 a.C. un romano famoso llamado Metelo Macedónico hizo un pronunciamiento que más tarde citó el propio Augusto: « Si pudiéramos pasarnos sin mujeres, nos libraríamos de muchas molestias. Pero, puesto que la naturaleza ha decretado que no podamos vivir tranquilamente con ellas, ni tampoco sin ellas, debemos mirar más bien a nuestros intereses permanentes que al placer pasajero.»

Hasta los poetas romanos se dieron cuenta de lo terrible de la situación. «Edades ricas en pecado -escribió Horacio- fueron las primeras en manchar el matrimonio y la vida familiar. De esta fuente el mal ha seguido fluyendo» «Antes se secarán los mares -dijo Propertio- y se arrebatarán las estrellas de los cielos que se reformen nuestras mujeres.» Ovidio escribió su famoso, o infame, libro *El Arte de Amar*, y ni una sola vez desde el principio hasta el fin menciona el amor conyugal. Escribió cínicamente: «Las únicas mujeres castas son las que nadie desea, y el que se enfurezca porque su mujer tiene algún amorío no es más que un rústico jabalí.» Séneca declaraba: «Las mujeres desprecian como si fuera un adolescente a cualquiera cuyos amores no sean notorios, o que no le pague a una mujer casada con otro una renta anual; de hecho los maridos se han convertido en meros juguetes para

sus amantes.» < Solamente las feas -decía- son fieles.» «Una mujer que se contente con tener dos perseguidores es un dechado de virtud.» Tácito alababa a las tribus germánicas supuestamente bárbaras por « no tomar a risa el mal, y no convertir la seducción en el espíritu de los tiempos.» Cuando tenía lugar un matrimonio, el hogar de la nueva pareja se decoraba con hojas verdes de bayas. Juvenal decía que había quienes iniciaban el divorcio antes de que las hojas se hubieran secado. El 19 a.C. uno llamado Quinto Lucrecio Vespilón erigió una lápida a su mujer que decía: «Raro es el matrimonio que llega a la muerte sin divorciarse; pero el nuestro se ha mantenido felizmente durante 41 años.» Un matrimonio feliz era una excepción.

Ovidio y Plinio tuvieron tres mujeres; César y Antonio, cuatro; Sula y Pompeyo, cinco; Herodes tuvo nueve; Tulia, la hija de Cicerón, tuvo tres maridos; Nerón fue el tercer marido de Popea y el quinto de Estatila Mesalina.

No fue sin razones el que las Pastorales establecieran que el dirigente cristiano debe ser marido de una sola mujer. En un mundo en el que hasta los puestos de máxima responsabilidad estaban inundados de inmoralidad, la Iglesia Cristiana debía mostrar la castidad, la estabilidad y la santidad del hogar cristiano.

CARÁCTER DEL DIRIGENTE CRISTIANO

1 *Timoteo* 3:1-7 (continuación)

El dirigente cristiano debe ser *sobrio* (*néfalios*) y *no debe darse excesivamente al vino* (*pároinos*). En el mundo antiguo el vino era de uso corriente. Donde la provisión de agua era deficiente y a veces peligrosa, el vino era la bebida más natural. El vino alegra el corazón de los dioses y de los hombres (*Jueces* 9:13). En la restauración de Israel, se plantarían viñas y se bebería su vino (*Amós* 9:14). Los licores fuertes se dejaban

para los que estaban a punto de perecer, y el vino para los de corazón apesadumbrado (*Proverbios* 31:6).

Esto no es decir que el mundo antiguo no se diera cuenta de los peligros del alcohol. *Proverbios* habla del desastre que sobreviene al que se queda alucinado contemplando el vino rojo (*Proverbios* 23:29-35). El vino es burlador, y los licores pendencieros (*Proverbios* 20:1). Hay historias terribles de lo que les sucedió a las personas que se entregaban demasiado al vino. Tenemos el caso de Noé, al que un clásico español llamaba « el inventor del sarmiento» (*Génesis* 9: I 5-27); de Lot (*Génesis* 19:30-38); de Amnón (2 *Samuel* 13:28s). Aunque en el mundo antiguo se usaba el vino corrientemente, esto no quiere decir que se usara en exceso. Se solía beber mezclado con agua dos partes de vino a tres de agua. Un borracho era despreciado en cualquier sociedad pagana ordinaria, y no menos en la iglesia.

Lo interesante es que ambas palabras tienen su doble sentido en esta sección. *Néfalios* quiere decir *sobrio*, pero también quiere decir *alerta y vigilante*; *pároinos* quiere decir *aficionado al vino*, pero también quiere decir *peleón y violento*. Lo que las Pastorales dejan bien claro es que el cristiano no debe permitirse nada que reduzca su vigilancia cristiana o que ensucie su conducta cristiana.

Siguen dos palabras griegas que describen dos cualidades que deben ser características del dirigente cristiano. Debe ser *prudente* (*sófrón*) y *de buenos modales* (*kósmios*).

Hemos traducido *sófrón* por *prudente*, pero es virtualmente intraducible. Se traduce diversamente por *sano de mente*, *discreto*, *prudente*, *controlado*, *casto*, *en perfecto control de sus instintos sensuales*. Los griegos lo derivaban de dos palabras que quieren decir *mantener la mente sana y salva*. El nombre correspondiente es *sófrsyné*, y los griegos escribían y pensaban mucho de esta cualidad. Es la contraria de la incontinencia y del descontrol. Platón la definía como « el dominio del placer y el deseo.» Aristóteles la definía como « el poder por el cual se usan los placeres del cuerpo como manda la ley.»

Filón la definía como «limitar y ordenar correctamente los deseos, lo que elimina los que son externos y excesivos, y adorna los que son necesarios con sazón y moderación.» Pitágoras decía que era « el fundamento sobre el que descansa el alma.» Hámbrico decía que «es la salvaguardia de los hábitos más excelentes de la vida.» Eurípides decía que era « el más precioso don de Dios.» Jeremy Taylor la llamaba « el cinto de la razón y la brida de la pasión.» Trench describe *sófrsyné* como « la condición de total control sobre las pasiones y los deseos, que reciben no más campo de actividad que el que admiten y aprueban la ley y la recta razón». Gilbert Murray escribía de *sófrón*: «Hay una manera de pensar que destruye, y una manera que salva. El hombre o la mujer que es *sófrón* anda entre las bellezas y los peligros del mundo, sintiendo amor, gozo, ira, y el resto; y entre todas las cosas tiene en su mentalidad aquello que salva. ¿A quién salva? No a la persona sola, sino, como si dijéramos, la situación total. Impide que el mal inminente llegue a producirse.» E. F. Brown cita como ilustración de *sófrsyné* una oración de Tomás de Aquino pidiendo «tranquilidad en todos nuestros impulsos, carnales y espirituales.»

La persona que es *sófrón* tiene todas las partes de su naturaleza bajo perfecto control, lo que quiere decir que la persona que es *sófrón* es aquella en cuyo corazón Cristo reina supremo.

La palabra compañera es *kósmios*, que hemos traducido como *de buenos modales*. Si uno es *kósmios* en su conducta exterior es porque es *sófrón* en su vida interior. *Kósmios* quiere decir *ordenado, honesto, decoroso*. Tiene dos usos especiales en griego. Es corriente en tributos e inscripciones dedicadas a los muertos. Y se usa corrientemente para describir al que es un buen ciudadano. Platón describe al hombre que es *kósmios* como « el ciudadano que está tranquilo en la tierra, que cumple fielmente en su lugar y circunstancias los deberes que le conciernen como tal.» Esta palabra describe a la persona cuya vida es hermosa y en cuya personalidad se integran armoniosamente todas las cosas.

. El dirigente de la Iglesia debe ser una persona que es *sófrón*, que tiene bajo control todos sus instintos y deseos; debe ser una persona que es *kósmios*, su control interior manifestándose en su integridad exterior. El dirigente debe ser una persona en cuyo corazón reina el poder de Cristo y en cuya vida se refleja la belleza de Cristo.

CARÁCTER DEL DIRIGENTE CRISTIANO

1 Timoteo 3:1-7 (conclusión)

El dirigente cristiano debe ser *acogedor (filóxenos)*. Ésta es una cualidad en la que el Nuevo Testamento hace mucho hincapié. Pablo exhorta a la iglesia romana a «practicar la hospitalidad» (*Romanos 12:13*). «Practicad la hospitalidad sin murmuraciones unos con otros,» dice Pedro (1 *Pedro 4:9*). En *El Pastor de Hermas*, uno de los más antiguos escritos cristianos, se establece: « El *episcopos* debe ser acogedor, que de buena gana y en todo tiempo reciba en su casa a los siervos de Dios.» El dirigente cristiano debe ser una persona con un corazón y una puerta abiertos.

El mundo antiguo prestaba mucho cuidado a los derechos del huésped. El forastero estaba bajo la protección de Zeus Xenios, el Protector de los extranjeros. En el mundo antiguo, las posadas eran notoriamente malas. En una de las comedias de Aristófanes, Heracles le pregunta a su compañero dónde pararán esa noche; y la respuesta es: «Donde haya menos pulgas.» Platón habla de un posadero que era como un pirata que retenía a sus huéspedes como rehenes. Las posadas tendían a ser sucias y caras, y sobre todo inmorales. En el mundo antiguo había un sistema de lo que llamaban *amistades de hospedaje*. A lo largo de generaciones algunas familias habían llegado al acuerdo de darse acomodo y hospitalidad. Los miembros de las familias llegaban a menudo a acabar por ser totalmente desconocidos de los otros, y tenían que identificarse

por lo que llamaban *emblemas*. El forastero que buscaba alojamiento presentaba la mitad de un cierto objeto; el anfitrión tendría la otra mitad; y si las dos mitades casaban exactamente el anfitrión sabía que el otro sería su huésped y el huésped sabía que el otro era indudablemente el amigo ancestral de su familia.

En la Iglesia Cristiana había maestros y predicadores ambulantes que necesitaban hospitalidad. Había también muchos esclavos que no tenían casa propia, para los que sería un gran privilegio que se les permitiera entrar en un hogar cristiano. Era la mayor bendición el que los cristianos tuvieran hogares cristianos siempre abiertos en los que pudieran encontrarse con personas parecidas a ellos. Vivimos en un mundo en el que hay todavía muchos que están lejos de su hogar, muchos que son extranjeros en un lugar extraño, muchos que viven en condiciones en las que es difícil ser cristiano. La puerta de un hogar cristiano y la bienvenida de un corazón cristiano deberían estar siempre abiertas.

El dirigente cristiano debe tener *facilidad para enseñar* (*didaktikós*). Se ha dicho que su deber es «predicar a los inconversos y enseñar a los convertidos.» Hay que decir dos cosas acerca de esto. Uno de los desastres de los tiempos modernos es que el ministerio de la enseñanza de la Iglesia no se ejerce como es debido. Abunda la predicación sobre temas cualesquiera y la exhortación; pero sirve de poco el exhortar a ser cristiano cuando no se sabe lo que eso quiere decir. La instrucción es un deber primario del predicador y dirigente cristiano. La segunda cosa es la siguiente. La enseñanza más preciosa y más efectiva no se imparte *hablando* sino *siendo*. Hasta una persona que no tenga don de palabra puede enseñar vi-viendo de tal manera que se pueda ver en ella el reflejo del Maestro. Se ha dicho que un santo es alguien «en quien Cristo vive otra vez.»

El dirigente cristiano *no debe ser una persona que le dé la paliza a los demás* (*pléktés, golpeador*). Que esta advertencia no era innecesaria se ve en una de las primeras reglas de los

Cánones Apostólicos: «Un obispo, sacerdote o diácono que golpee a los fieles cuando yerran, o a los incrédulos cuando cometen una injuria, y que desee por tales medios atemorizarlos, recomendamos que sea depuesto; porque el Señor no nos ha enseñado esto en ningún sitio. Cuando Le insultaban, Él no devolvía el insulto, sino por el contrario. Cuando Le golpeaban, Él no devolvía el golpe; cuando sufría, no amenazaba.» No es probable que ningún dirigente cristiano ahora golpee físicamente a otro cristiano; pero sigue presentándose el hecho de ejercer violencia, ser irascible, dominante, de mal genio y acción, cosas que le están prohibidas a un cristiano.

El dirigente cristiano debe ser *benigno*. En griego se usa la palabra *epieikés*, otra de esas palabras totalmente intraducibles. El nombre es *epieic7ceia*, que Aristóteles describe como «lo que corrige la justicia» y lo que «es justo y mejor que la justicia.» Decía que era la cualidad que corrige la ley cuando la ley yerra por ser demasiado general. Lo que quiere decir es que a veces puede ser injusto el aplicar la estricta letra de la ley. Trench decía que *epiefeia* quiere decir «retirar de la letra del derecho para preservar mejor el espíritu del derecho;» y es «el espíritu que reconoce la imposibilidad de adscribirse a toda ley formal... que reconoce el peligro que siempre acecha en la aserción de los derechos legales, para que no se empujen hasta llegar a ser errores morales... el espíritu que rectifica y endereza la injusticia de la justicia.»

Aristóteles describe plenamente la acción de *epieikeia*: «Perdonar las faltas humanas; mirar al legislador, no a la ley; a la intención, no a la acción; al todo, no a la parte; al carácter del actor en conjunto y no solamente en un momento determinado; recordar el bien antes que el mal, y el bien que uno ha recibido más bien que el que uno ha hecho; soportar la injuria; desear zanjar una cuestión con palabras mejor que con obras.» Si hay alguna cuestión en disputa, se puede resolver consultando un libro de práctica y procedimiento, o consultándose a Jesucristo. Si se trata de una cuestión en debate, se puede resolver por la ley, o por el amor. La atmósfera

de muchas iglesias cambiaría radicalmente si hubiera en ellas más *epieakeia*.

El dirigente cristiano debe ser *pacífico* (*ámajos*). La palabra griega quiere decir *indispuesto a pelear*. Hay personas a las que les encanta apretar el gatillo en sus relaciones con otras personas. Pero el verdadero dirigente cristiano lo que quiere es mantener la paz con sus semejantes.

El dirigente cristiano debe estar *libre del amor al dinero*. No hace nunca nada simplemente para sacar provecho. Sabe que hay valores que están por encima **del precio del dinero**.

LOS HOMBRES DEL SERVICIO CRISTIANO

1 Timoteo 3:8-10,12s

Paralelamente, los diáconos deben ser hombres respetables, rectos, que no se permiten excesos en el vino, que no estén dispuestos a rebajarse a métodos indignos de hacer dinero; deben mantener el secreto de la fe que les ha sido revelado con limpia conciencia. A los diáconos también hay que ponerlos a prueba primeramente; y, si salen intachables de la prueba, que sean diáconos... Los diáconos deben estar casados sólo una vez; deben dirigir a sus propios hijos y sus hogares como es debido. Porque los que realizan un buen trabajo en el puesto de diáconos son dignos de un alto grado de honor, y obtienen mucha libertad en la fe de Jesucristo.

En la Iglesia Primitiva la función de los diáconos se circunscribía principalmente en la espera del servicio práctico. La Iglesia Cristiana heredó una magnífica organización de la beneficencia de los judíos. No ha habido ninguna otra nación que tuviera un sentimiento de responsabilidad comparable para con los hermanos y hermanas pobres. La sinagoga tenía una organización estable para ayudar a tales personas. Los

judíos más bien desanimaban a que se diera ayuda individual a personas individuales. Preferían que la ayuda se diera por medio de la comunidad y especialmente por medio de la sinagoga.

Todos los viernes en todas las comunidades dos encargados de la colecta se daban una vuelta por los mercados y llamaban en todas las casas recogiendo donativos para los pobres en dinero y en especie. Los productos así recogidos se distribuían entre los que estaban en necesidad mediante un comité de dos o más si era necesario. A los pobres de la comunidad se les daban suficientes alimentos para catorce comidas, es decir, para dos comidas diarias durante una semana; pero nadie podía recibir de este fondo si ya tenían en su casa el alimento de la semana. Este fondo para los pobres se llamaba la *kuppá*, o la *cesta*. Además de esto se hacía una colecta diaria de alimentos de casa en casa para los que se encontraran de momento en una necesidad extrema. Este fondo se llamaba el *tamjui*, o la *bandeja*. La Iglesia Cristiana heredó esta organización de la beneficencia, y sin duda sería la tarea de los diáconos el hacerla funcionar.

Muchas de las cualidades del diácono coinciden con las del *episkopos*. Habían de ser hombres de carácter intachable; tenían que ser abstemios, o por lo menos moderados en su beber; no tenían que mancharse las manos con maneras poco recomendables de hacer dinero; tenían que someterse a prueba un cierto tiempo; debían practicar lo que predicaban, para mantener la fe cristiana con limpia conciencia.

Se añade una nueva cualidad: habían de ser *rectos*. El original dice que no debían ser *dílogos*, y *dílogos* quiere decir *hablar con dos voces*, diciéndole una cosa a uno y otra a otro. En *El Peregrino*, Juan Bunyan pone en boca de Interés-privado la descripción de las personas que viven en el pueblo Buenaspalabras. El señor Voluble, el señor Contemporizador, el señor Buenas-palabras, de quien tomó su nombre el pueblo; también los Sres. Halago, Dos-caras, Cualquier-cosa, el vicario de nuestra parroquia señor Dos-lenguas (Juan Bunyan, *El Peregrino*,

capítulo 14). Un diácono que fuera corrientemente de casa en casa, y en su trato con los que necesitaran ayuda, tenía que ser recto. Una y otra vez tendría la tentación de evitar problemas con un poco de hipocresía a tiempo y de palabras suaves. Pero el que hubiera de hacer el trabajo de la Iglesia Cristiana tenía que ser recto.

Está claro que el que realiza su trabajo de diácono como es debido puede esperar que se le eleve al puesto de anciano, y ganará tal posición en la fe que le permita mirar a todos a cara descubierta.

MUJERES QUE SIRVEN EN LA IGLESIA

1 Timoteo 3:11

De la misma manera las mujeres deben ser dignas; no deben entregarse al chismorreos; deben ser sobrias; en todas las cosas, dignas de confianza.

Por lo que se refiere al texto original, esto podría referirse a las mujeres de los diáconos, o a mujeres que realizaran un servicio semejante. Parece mucho más probable que se refiera a mujeres que están comprometidas también en el trabajo de beneficencia. Tiene que haber habido obras de amabilidad y de ayuda que solo una mujer podría ofrecer adecuadamente a otra mujer. No cabe duda de que en la Iglesia Primitiva había diaconisas. Tenían el deber, probablemente entre muchos otros, de instruir a las mujeres que se convertían, y en particular presidir y ayudarlas en su bautismo, que era por inmersión.

Era necesario advertir a tales mujeres obreras del peligro del chismorreos y exhortarlas a que fueran del todo de confianza. Cuando un médico joven se gradúa y antes de empezar su práctica, se le toma el juicio hipocrático, una parte del cual es el compromiso de no repetir nunca lo que ha oído en la casa de un paciente, o acerca de un paciente, aunque lo haya oído

. en la calle. En la labor de ayudar a los pobres se podrían oír fácilmente ciertas cosas que, repetidas, causarían un perjuicio tremendo. No es ningún insulto a las mujeres el que en las pastorales se les prohíba sucumbir al chismorreos. Según está montada la vida una mujer corre más peligro de chismorreos que un hombre, porque a éste el trabajo le saca al mundo, mientras que una mujer vive tradicionalmente en una esfera más estrecha y por esa misma razón tiene menos cosas de las que hablar. Esto aumenta el peligro de hablar acerca de relaciones personales de las que pueden surgir chismorreos dañinos. Ya se trate de un hombre o de una mujer, el divulgar secretos o el repetir cosas que se han dicho en confianza es algo monstruoso para una persona cristiana.

En la civilización griega era esencial el que las obreras de la Iglesia conservaran su dignidad. Una mujer griega respetable vivía en la más estricta reclusión; nunca salía sola; nunca ni siquiera participaba en las comidas con su familia. Pericles decía que el deber de una madre ateniense era vivir una vida tan retirada que no se mencionara nunca su nombre ni para alabarla ni para criticarla. Jenofonte cuenta lo que decía un caballero del país que era amigo suyo acerca de la joven esposa con la que acababa de casarse y a la que amaba entrañablemente. <¿Qué era probable que supiera cuando yo me casé con ella? Todavía no tenía quince años cuando la introduje en mi casa, y había sido criada bajo la más estricta supervisión; en la medida de lo posible no se le había permitido ver nada, oír nada, ni hacer ningunas preguntas.> Esa era la manera en que se criaban las chicas griegas respetables. Jenofonte nos pinta el retrato de una de estas jóvenes esposas que gradualmente «iban creciendo acostumbradas a su marido y estando suficientemente domesticadas para mantener una conversación con él.»

El Cristianismo trajo la emancipación de las mujeres; las liberó de una especie de esclavitud. Pero tenía sus peligros. La mujer liberada podía usar mal su libertad recién encontrada. El mundo respetable se podría escandalizar ante tal emancipación;

así es que la Iglesia tenía que establecer ciertas reglas. Era usando su libertad sabiamente como las mujeres llegarían a tener la posición respetable en la Iglesia que tienen, y van adquiriendo en mayor medida, en nuestro tiempo.

PRIVILEGIO Y RESPONSABILIDAD DE LA VIDA EN LA IGLESIA

1 Timoteo 3:14s

Te estoy escribiendo estas cosas esperando, mientras escribo, ira verte pronto. Pero te estoy escribiendo para que, si me retraso, puedas saber cómo conducirte en la casa de Dios, que es la asamblea del Dios viviente, y la columna y el baluarte de la verdad.

Aquí tenemos en una frase la razón por la que se escribieron las epístolas pastorales; se escribieron para decirles a las personas cómo debían comportarse en la iglesia. La palabra para *comportarse* es *anastrophesthai*; describe el conjunto de la vida y el carácter; pero describe especialmente a la persona en su relación con los demás. Como se ha dicho, la palabra misma establece que el carácter personal de un miembro de la iglesia debe ser excelente y que sus relaciones personales con otros deben manifestar una verdadera comunión. Una congregación cristiana es un cuerpo de personas que son amigas de Dios y amigas entre sí. Pablo pasa a usar cuatro palabras que describen cuatro grandes funciones de la Iglesia.

(i) La Iglesia es *la casa (oikos)* de Dios. Lo primero y principal es que debe ser una familia. En un informe escrito después de una sus grandes victorias navales, Nelson la atribuía al hecho de que «había tenido la dicha de mandar a una banda de hermanos.» A menos que una iglesia sea una banda de hermanos no es una verdadera iglesia. El amor de Dios sólo puede existir donde existe el amor fraternal.

(ii) La Iglesia es la asamblea (*ekklesía*) del Dios viviente. La palabra *ekklesía* quiere decir literalmente una compañía de personas que han sido convocadas. No quiere decir que esas personas hayan sido *seleccionadas o escogidas*. En Atenas, la *ekklesía* era el cuerpo gobernante de la ciudad; y su membresía consistía en que *todos* los ciudadanos se reunían en asamblea. Pero, muy naturalmente, en ninguna ocasión asistieron todos. Se proclamaba la llamada a asistir a la Asamblea de la ciudad pero solamente algunos ciudadanos respondían asistiendo. La llamada de Dios se ha dirigido a todas las personas; pero solamente algunos la han aceptado, y esos son la *ekklesía*, la Iglesia. No es que Dios haya sido selectivo. La invitación se dirige a todos; pero una invitación requiere una respuesta.

(iii) La Iglesia es *la columna* de la verdad (*stylos*). En Éfeso, adonde se dirigieron estas cartas, la palabra *columna* tendría un significado especial. La más grande gloria de Éfeso era el Templo de Diana o Artemisa. «¡Grande es Diana de los Efesios!» (*Hechos 19:28*). Era una de las siete maravillas del mundo. Una de sus excelencias eran sus columnas. Tenía ciento veintisiete columnas cada una de las cuales había sido el regalo de un rey. Todas eran de mármol, y algunas estaban adornadas con joyas y recubiertas de oro. Los de Éfeso sabían muy bien lo hermosa que podía ser una columna. Bien puede ser que la idea de la palabra *columna* no indique aquí tanto *el apoyo* -eso está contenido en *baluarte*- como *despliegue*. A menudo se colocaba la estatua de un personaje famoso encima

de una columna para que pudiera sobresalir por encima de todas las cosas ordinarias y verse claramente, hasta desde lejos. La idea aquí es que el deber de la Iglesia es mantener bien alta

la verdad de tal manera que todos puedan verla.

(iv) La Iglesia es *el baluarte (hedraíoma)* de la verdad. El baluarte es el apoyo de todo el edificio. Lo mantiene de pie e intacto. En un mundo que no quiere enfrentarse con la verdad, la Iglesia la mantiene en alto para que todos la puedan ver. En un mundo que muchas veces querría eliminar la verdad, la Iglesia la sostiene frente a todos los que quieran destruirla.

UN HIMNO DE LA IGLESIA ORIGINAL

1 Timoteo 3:16

Como todos han de confesar, grande es el secreto que Dios nos ha revelado en nuestra religión: El Que fue manifestado en la carne; el Que fue vindicado por el Espíritu; el Que fue visto por ángeles; el Que ha sido predicado entre las naciones; en el Que los hombres han creído en todo el mundo; el Que ha sido elevado a la gloria.

El gran interés de este pasaje consiste en que aquí tenemos un fragmento de uno de los himnos de la Iglesia Primitiva. Es la fe en Cristo puesta en poesía y en música, un himno con el que los creyentes cantaban su credo. No podemos esperar en poesía la precisión de expresión que buscaríamos en un credo; pero debemos tratar de ver lo que nos dice cada verso de este himno.

(i) *El Que fue manifestado en la carne.* Desde el mismo principio subraya la humanidad verdadera de Jesús. Dice: < Mirad a Jesús, y veréis la mente y el corazón y la acción de Dios de una manera que todos podemos entender.>

(ii) *El Que fue vindicado por el Espíritu.* Éste es un verso difícil. Hay tres cosas que puede querer decir. (a) Puede querer decir que a lo largo de toda su vida en la Tierra Jesús fue guardado del pecado por el poder del Espíritu Santo. Es el Espíritu el Que da dirección al ser humano; nuestro error consiste en que tan a menudo rehusamos Su dirección. Fue la perfecta sumisión de Jesús al Espíritu de Dios lo que le guardó del pecado. (b) Puede querer decir que las credenciales de Jesús fueron vindicadas por la acción del Espíritu que moraba en Él. Cuando los escribas y los fariseos acusaron a Jesús de realizar curas por el poder del diablo, Su respuesta fue: < Si Yo echo a los demonios *por el Espíritu de Dios*, entonces es que el

Reino de Dios ha venido a vosotros» (Mateo 12:28). El poder que estaba en Jesús era el poder del Espíritu, y las obras de poder que Él realizaba eran la vindicación de las tremendas credenciales que Él presentaba. (c) Puede ser que esto haga referencia a la Resurrección. La humanidad tomó a Jesús y Le crucificó como a un criminal; pero por el poder del Espíritu resucitó; el veredicto de la humanidad se demostró que era falso, y Él fue vindicado. No importa cómo interpretemos este verso; su sentido es que el Espíritu es el poder que probó que Jesús es el Que declaró ser.

(iii) *El Que fue visto por ángeles.* De nuevo tenemos aquí tres posibles significados. (a) Puede que haga referencia a la vida de Jesús antes de venir a la Tierra. (b) Puede que haga referencia a Su vida en la Tierra. Aun en la Tierra los ejércitos celestiales estaban contemplando Su tremenda contienda con el mal. (c) Puede conectarse con la creencia de todos los hombres en el tiempo de Jesús de que el aire estaba lleno de poderes demoníacos y angélicos. Muchos de estos poderes eran hostiles a Dios y a la humanidad, y estaban empeñados en destruir a Jesús. Pablo expone por lo menos una vez que esos poderes trataron de destruir a Jesús por ignorancia, y que Jesús les trajo a ellos y a los hombres la sabiduría que había estado escondida desde la creación del mundo (1 Corintios 2: 7s). Esta frase puede que quiera decir que Jesús trajo la verdad aun a los ángeles y a los poderes demoníacos que nunca la habían conocido. De cualquier manera que lo tomemos quiere decir que la obra de Jesús es tan tremenda que incluye tanto el Cielo como la Tierra.

(iv) *El Que ha sido predicado entre las naciones.* Aquí tenemos la gran verdad de que Jesús no fue la posesión exclusiva de ninguna raza. No fue un mesías que viniera para elevar a los judíos a una posición de grandeza universal, sino el Salvador de todo el ancho mundo.

(v) *En Quien las personas han creído en todo el mundo.*

Aquí tenemos una verdad casi milagrosa presentada con una sencillez extrema. Inmediatamente después de tener lugar la

muerte y resurrección y ascensión de Jesús a Su gloria, el número de Sus seguidores no pasaba de ciento veinte (*Hechos 1:15*). Todo lo que Sus seguidores podían ofrecer era la historia de un Carpintero galileo Que había sido crucificado en la cima de una colina de Palestina como un criminal. Y sin embargo, antes de que pasaran setenta años, esa historia ya había llegado al fin de la Tierra y hombres de todas las naciones habían aceptado a este Jesús crucificado como Salvador y Señor. En esta sencilla frase se encierra toda la maravilla de la expansión de la Iglesia, una expansión increíble sobre cualquier base humana.

(vi) *El Que fue elevado a la gloria*. Ésta es una referencia a la Ascensión. La historia de Jesús empieza y acaba en el Cielo. Vivió como un siervo. Fue marcado como un criminal; fue crucificado; resucitó con las cicatrices de Sus clavos y otras en Su cuerpo; pero el final fue la gloria.

AL SERVICIO DE DIOS O AL DE SATANÁS

1 Timoteo 4:1-5

El Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos desertarán de la fe por prestar atención a espíritus que no pueden hacer otra cosa que descarriarlos, y a enseñanzas que vienen de los demonios, enseñanzas de hombres falsos que se caracterizan por la insinceridad, cuya conciencia lleva la impronta de Satanás, enseñanzas de los que prohíben casarse, y que mandan a las personas abstenerse de alimentos que Dios creó a fin de que se puedan tomar con gratitud en la compañía de los que son creyentes y que conocen de veras la verdad; porque todo lo que Dios ha creado es bueno, y no hay por qué rechazar nada; pero se ha de recibir con acción de gracias; porque se santifica mediante la palabra de Dios y la oración.

La Iglesia Cristiana había heredado de los judíos la creencia . de que las cosas se pondrían en este mundo mucho peor antes de ponerse mejor. Los judíos siempre pensaban acerca del tiempo en términos de dos edades. Estaba *esta edad presente* que era totalmente mala y estaba en las garras de poderes malignos; y estaba *la edad por venir*, que había de ser la edad de oro de Dios y de la bondad. Pero no se pasaría de la una a la otra sin una terrible lucha convulsiva. Entre las dos edades vendría *El Día del Señor*. Ese día el mundo sería sacudido desde sus mismos cimientos; tendría lugar una última batalla suprema con el mal, un último juicio universal, y entonces amanecería el nuevo día.

Los autores del Nuevo Testamento asumieron esta perspectiva. Como eran judíos, se los había educado en ella. Uno de los aspectos que se esperaban en los últimos tiempos eran herejías y falsos maestros. «Surgirán muchos falsos profetas, que descarriarán a muchos» (*Mateo 24:11*). « Se levantarán falsos cristos y falsos profetas que obrarán señales y maravillas para descarriar, si fuera posible, hasta a los elegidos» (*Marcos 13:22*). En estos últimos días Pablo esperaba que surgiera «el hombre de pecado, el hijo de perdición,» que se enfrentaría a Dios mismo (*2 Tesalonicenses 2:3*).

A la iglesia de Éfeso tales falsos maestros ya habían llegado. La manera como se presenta en este pasaje su enseñanza fraudulenta nos debe hacer pensar muy en serio. En aquel entonces se creía en espíritus malignos que asediaban el aire y se proponían destruir a las personas. Era de ellos de quienes procedía esta falsa enseñanza. Pero, aunque venía *de* los demonios, venía *por medio de* hombres. Hombres que se caracterizaban por una hipocresía halagüeña, y cuyas conciencias habían sido marcadas por Satanás. Algunas veces sucedía que se marcaba a los esclavos con hierro candente para identificarlos como propiedad de un cierto amo. Estos falsos maestros llevaban en su conciencia el sello del mismo Satanás que los marcaba como su propiedad.

Aquí hay una cosa terrible y amenazadora. Dios está siempre buscando personas para que sean sus instrumentos en el mundo; pero el hecho terrible es que las fuerzas del mal también están buscando personas para usarlas. Aquí radica la terrible responsabilidad de la humanidad. Cada uno puede aceptar el servicio de Dios o el servicio del diablo. ¿Cuál de los dos escogerá?

DICTADORES Y BLASFEMOS

1 Timoteo 4:1-5 (continuación)

Los herejes de Éfeso estaban pr®pagando una herejía que tenía unas consecuencias muy definidas en la vida. Como ya se ha visto estos herejes eran gnósticos; y la esencia del gnosticismo era que el espíritu es totalmente bueno y la materia totalmente mala. Una de sus consecuencias era que había hombres que predicaban que todo lo que tuviera que ver con el cuerpo era malo, y que todo lo del mundo era malo. En Éfeso esto desembocó en dos errores definidos. Los herejes insistían en que las personas debían, hasta donde fuera posible, abstenerse de comer, porque la comida era material y por tanto mala; los alimentos servían al cuerpo, y el cuerpo era malo. También insistían en que hay que abstenerse del matrimonio; porque los instintos del cuerpo eran malos y por tanto debían reprimirse.

Esta era una herejía que siempre estaba volviendo a la Iglesia; en cada generación surgían quienes trataban de ser más estrictos que Dios. Cuando se escribieron los Cánones Apostólicos, fue necesario ponerlo en blanco y negro: « Si un supervisor, sacerdote o diácono, o cualquiera que esté en la lista sacerdotal, se abstiene del matrimonio y de la carne y del vino, no sobre la base del ascetismo (es decir por causa de disciplina), sino por aborrecimiento de ellos como malos en sí mismos, olvidando que todas las cosas son buenas y que Dios ha hecho al hombre varón y hembra, sino blasfemando y vilipendiando

la obra de Dios, si no se enmienda que sea depuesto y expulsado de la iglesia. Igualmente con los laicos» (Cánones Apostólicos 51). Ireneo, escribiendo hacia finales del siglo II, dice que ciertos seguidores de Saturnino «declaraban que el matrimonio y la procreación procedían de Satanás. Muchos semejantemente se abstienen de la comida animal, y desvían a multitudes con una fingida temperancia de esta clase» (Ireneo, *Contra Herejes*, 1,24,2). Esta clase de cosa se manifestó en los monjes y los anacoretas del siglo IV. Se separaban y vivían en el desierto de Egipto totalmente desvinculados de las demás personas. Pasaban la vida mortificando su carne. Uno de ellos no comía nunca alimentos cocinados y era famoso por su abstinencia de la carne. Otro pasaba toda la noche junto a una sima amenazadora que le hacía imposible dormir. Otro se hizo famoso porque dejaba que su cuerpo estuviera tan sucio y descuidado que se le caían los parásitos conforme andaba. Otro comía aposta sal en pleno verano y se abstenía de beber agua. « Un cuerpo limpio decían- quiere decir por necesidad un alma sucia.»

La respuesta que se daba a estos hombres era que estaban insultando a Dios, porque Él es el Creador del mundo, Que varias veces nos dice que Su creación era buena. «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera» (Génesis, 1:31). «Todo lo que se mueve y está vivo os servirá de alimento» (Génesis 9:3). «Dios creó al hombre a su propia imagen... varón y hembra los creó. Y Dios los bendijo, y les dijo: «Llevad fruto y multiplicaos y henchid la Tierra» (Génesis 1:27s).

Pero todos los dones de Dios han de usarse de una manera que sea digna del Evangelio.

(i) Han de usarse recordando *que son dones de Dios*. Hay cosas que se nos ofrecen tan constantemente que llegamos a olvidar que son dones, y llegamos a considerarlos como derechos. Debemos recordar que todo lo que tenemos es don de Dios, y que no hay ningún ser vivo que pueda tener vida aparte de Él.

(ii) Han de usarse *en solidaridad*. Todo uso egoísta está prohibido. Ninguna persona puede monopolizar los dones de Dios; todas las personas deben compartirlos.

(iii) Han de usarse *con agradecimiento*. Siempre deben darse gracias a Dios antes de las comidas. Esa era la costumbre de los judíos. Tenían oraciones de acción de gracias por diferentes cosas. Cuando comían **fruta decían**: «Bendito seas, Rey del Universo, que has creado el fruto de los árboles.» Cuando se bebía vino se decía: «Bendito seas, Rey del Universo, que has creado el fruto de la vid.» Cuando comían verduras decían: «Bendito seas, rey del Universo, que has creado los productos de la tierra.» Cuando tomaban pan decían: «Bendito seas, Rey del Universo, que sacas el pan del suelo.» El mismo hecho de dar gracias a Dios por algo lo hace una cosa sagrada. Ni siquiera los demonios pueden tocarlo cuando ya lo ha tocado el Espíritu de Dios.

El verdadero cristiano no sirve a Dios esclavizándose con reglas y normas e insultando Su creación; Le sirve aceptando con agradecimiento Sus buenos dones, recordando que este es un mundo en el que Dios hizo todas las cosas bien, y no olvidándose de compartir con otros los dones de Dios.

CONSEJOS A UN MENSAJERO DE CRISTO

I Timoteo 4:6-10

Si expones estas cosas a los hermanos serás un siervo de Jesucristo como es debido, si alimentas tu vida con las palabras de la fe, y la sana doctrina que has estudiado y sigues. Desentiéndete de tener nada que ver con historias irreligiosas como los cuentos de viejas que se les dicen a los niños. Entrénate para alcanzar la meta de la verdadera piedad. El entrenamiento del cuerpo es conveniente hasta cierto punto; pero el entrenamiento en la piedad tiene un valor universal para la humanidad,

porque tiene la promesa de la vida en esta edad presente, y de la vida en la edad por venir. Esto es una afirmación que merece ser aceptada por todos. La razón por la que nos afanamos y luchamos tanto es que hemos puesto nuestras esperanzas en el Dios vivo, que es el Salvador de todo el mundo, y especialmente de los creyentes.

Este pasaje está abarrotado de consejos prácticos, no solo para Timoteo, sino para cualquier servidor de la Iglesia que está a cargo de un deber en la obra y de la dirección.

(i) Nos dice *cómo instruir a otros*. La palabra que se usa para *presentar* delante de los hermanos es sumamente sugestiva (*hypotíthesthai*). No quiere decir *dar órdenes*, sino más bien aconsejar, sugerir. Es una palabra benigna, humilde y modesta. Quiere decir que el maestro no debe nunca establecer la ley dogmáticamente. Quiere decir que debe actuar más bien como si estuviera recordándoles cosas que ya conocieran las personas o sugiriéndoselas, no como si hubieran de aprenderlas de él, sino como si hubieran de descubrir en su propio corazón lo que es correcto. La dirección que se ofrece en benignidad siempre será más efectiva que las instrucciones dictatoriales establecidas por la fuerza. Es posible dirigir a las personas hasta cuando se niegan a dejarse dirigir.

(ii) Nos dice *cómo enfrentarnos con la tarea de la enseñanza*. Se le dice a Timoteo que debe alimentar su vida con las palabras de la fe. Nadie puede dar nada si antes no lo recibe. El que enseña tiene que estar aprendiendo constantemente. Es lo contrario de la suposición de que cuando uno llega a ser maestro deja de ser alumno; debe conocer a Jesucristo cada día más y mejor antes de poderle presentar a los demás.

(iii) Nos dice lo *que debemos evitar*. Timoteo tenía que evitar los cuentos inútiles que son como los que las viejas les cuentan a los niños. Es fácil perderse siguiendo bifurcaciones y enredarse con cosas que no pasan de ser adornos. Es con las grandes verdades centrales con lo que se debe alimentar la mente y nutrir la fe.

(iv) Nos dice *lo que debemos buscar*. Se le dice a Timoteo que de la misma manera que un atleta entrena su cuerpo, así debe el cristiano entrenar su alma. No es que sea despreciable la buena forma física. La fe cristiana cree que el cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Pero Pablo tenía ciertas cosas en mente. Primera, que en el mundo antiguo, especialmente en Grecia, los gimnasios tenían sus peligros. Todos los pueblos tenían su gimnasio; para los jóvenes griegos entre los 16 y los 18 años de edad la gimnasia era la parte más importante de su educación. Pero el mundo antiguo estaba invadido por la homosexualidad, y los gimnasios eran notorios como semilleros de ese pecado particular. Segunda, Pablo propone un sentido de proporción. El entrenamiento físico es bueno, y hasta esencial; pero tiene una utilidad limitada. No desarrolla más que una parte de la persona; y produce unos resultados que solamente duran cierto tiempo, porque el cuerpo es pasajero. El entrenamiento en la piedad desarrolla la personalidad total en cuerpo, mente y espíritu, y sus resultados afectan no solamente en el tiempo sino también en la eternidad. El cristiano no es un atleta de gimnasio, sino un atleta de Dios. Los más grandes entre los griegos reconocían esta verdad. Sócrates escribía: < Es tan importante para un asceta el entrenar su cuerpo como para un rey el entrenar su alma.> «Entrena someténdote voluntariamente a las pruebas para que cuando vengan sobre ti seas capaz de soportarlas.»

(v) Nos muestra *el fundamento de todo el asunto*. Nadie ha dicho que la vida cristiana fuera fácil; *pero su meta es Dios*. Porque vive en Su presencia, y porque espera estar todavía más cerca de Su presencia, el cristiano está dispuesto a sufrir lo que sea. La grandeza de la meta hace que el esfuerzo valga la pena.

MANERA DE ACALLAR LA CRÍTICA

1 Timoteo 4:11-16 .

Ocúpate en transmitir y enseñar estos mandamientos. No le des ocasión a nadie de despreciarte por ser tan joven; sino por medio de tus palabras y de tu conducta, con amor, lealtad y pureza, preséntate como un ejemplo de cómo deben ser los creyentes. Hasta que yo vaya concentra tu atención en la lectura pública de las escrituras, la exhortación y la enseñanza. No descuides el don especial que se te concedió cuando las voces de los profetas te señalaron para el cargo que se te ha confiado, cuando el cuerpo de los ancianos impusieron sus manos sobre ti. Piensa en estas cosas; encuentra en ellas toda tu vida, para que tu progreso sea evidente a todos. Ten cuidado de ti mismo y de tu enseñanza; préstale la debida atención; porque si lo haces te salvarás a ti mismo, y a los que te escuchan.

Una de las dificultades que tenía que vencer Timoteo era que era joven. No debemos pensar que fuera un muchacho. Después de todo ya hacía quince años que Pablo le había tomado como su ayudante. La palabra que se usa para *joven (neótes)* puede describir en griego a cualquier persona en edad militar, que era hasta los cuarenta años. Pero a la Iglesia le ha gustado por lo general que sus obreros fueran hombres maduros. *Los Cánones Apostólicos* establecían que uno no podía llegar a ser obispo hasta que tuviera por lo menos cincuenta años, porque para entonces «habría pasado los desórdenes de la juventud.» Timoteo era joven comparado con Pablo, y habría muchos que le miraran con ojos críticos. Cuando el anciano William Pitt estaba dando un discurso en la Cámara de los Comunes cuando tenía treinta y tres años decía: « El crimen atroz de ser un joven... que no intentaré ni paliar ni negar.» La Iglesia siempre ha mirado la juventud

con una cierta suspicacia, bajo la cual caería Timoteo de forma inevitable.

El consejo que se le dio a Timoteo es el más difícil de seguir, y sin embargo era el único consejo posible. Era que debía acallar las críticas con su conducta. A Platón le acusaron una vez falsamente de conducta deshonrosa. «Bien -dijo-, viviremos de tal manera que todos puedan ver que la acusación es falsa.» Las defensas verbales puede que no silencien la crítica; pero la conducta sí lo conseguirá. ¿Cuáles habían de ser las características de la conducta de Timoteo?

(i) Primera, había de ser el *amor*. *Agapé*, la palabra griega para la más grande de las virtudes cristianas, es francamente intraducible. Su verdadero significado es una benevolencia inconquistable. Si uno tiene *Agapé*, no importa lo que otros le hagan o digan de él, él no procurará nada más que el bien de ellos. No mostrará nunca amargura o resentimiento o deseo de venganza; nunca sucumbirá al odio; nunca dejará de perdonar. Está claro que esta es la clase de amor que requiere la totalidad de la personalidad de una persona el conseguir. Normalmente, el amor es algo que no podemos evitar. Amar a los más próximos es algo instintivo. Generalmente el amor de un hombre hacia una mujer es una experiencia involuntaria. El amor es algo del *corazón*; pero está claro que este amor cristiano es algo de *la voluntad*. Es esa conquista del yo que nos conduce a un cuidado inconquistable de los demás. Así que la primera señal autenticadora del dirigente cristiano es que se preocupa por los demás, sin importarle lo que le hagan. Eso es algo en lo que debe pensar constantemente cualquier dirigente cristiano que se encabrite fácilmente ante una ofensa y que sea propenso a guardar rencor.

(ii) Segunda, está la *lealtad*. La lealtad es la fidelidad inconquistable a Cristo, sin importar el precio. No es difícil ser buen soldado si las cosas van bien; pero el soldado auténticamente de valor es el que puede pelear bien con el cuerpo cansado y el estómago vacío, cuando la situación parece desesperada y se encuentra en medio de una campaña cuyos

movimientos no puede entender. La segunda marca autenticadora del dirigente cristiano es una lealtad a Cristo que desafíe las circunstancias.

(iii) Tercera, había de ser *la pureza*. La pureza es la aceptación incondicional de los niveles de Cristo. Cuando Plinio estaba mandándole al emperador Trajano el informe acerca de los cristiano de Bitinia, donde era gobernador, escribió: «Tienen la costumbre de vincularse entre ellos con un juramento de no cometer ni hurto, ni robo, ni adulterio; de no faltar nunca a su palabra; de no negar un depósito que se les haya confiado cuando se les solicite dar cuenta de él.» El compromiso cristiano es una vida de pureza. El cristiano debe tener un nivel de honor y honradez, de dominio propio y castidad, de disciplina y consideración, muy por encima de los niveles del mundo. El hecho escueto es que al mundo no le interesará para nada el Cristianismo a menos que pueda demostrar que produce los hombres y las mujeres mejores. La tercera marca autenticadora del dirigente cristiano es una vida que se ajusta a los niveles de Jesucristo.

LOS DEBERES DEL DIRIGENTE CRISTIANO EN LA IGLESIA

1 Timoteo 4:11-16 (continuación)

Se le establecen a Timoteo, el joven dirigente designado por la Iglesia, ciertos deberes. Ha de consagrarse a la lectura pública de la escritura, a la exhortación y a la enseñanza. Aquí tenemos el esquema del culto de la Iglesia Cristiana.

La más temprana descripción de un culto cristiano que poseemos se encuentra en las obras de Justino Mártir. Allá por el año 170 d.C. escribió una defensa del Cristianismo al gobernador romano, y en ella (Justino Mártir: *Primera Apología* :67) dice: « el día llamado día del sol tiene lugar una reunión de todos los que viven en los pueblos o en los alrededores

de un lugar. Se leen según el tiempo disponible las Memorias de los Apóstoles o los Escritos de los Profetas. Seguidamente el lector se detiene y el dirigente predica y exhorta a los presentes a imitar estas buenas cosas. Luego nos ponemos todos en pie y elevamos a Dios nuestras oraciones.» Así es que en el esquema de cualquier culto cristiano debía haber cuatro cosas.

(i) Debía haber *la lectura y la exposición de la Escritura*. Las personas no se reunían en última instancia para escuchar las opiniones de un predicador; se reunían para oír la Palabra de Dios. El culto cristiano está centrado en la Biblia.

(ii) Debía haber *enseñanza*. La Biblia es un libro difícil, y por tanto hay que explicarlo. La doctrina cristiana no es fácil de comprender, pero el creyente debe poder dar razones de sus esperanzas. De poco sirve exhortar a una persona a que sea cristiana si no sabe lo que quiere decir eso. El predicador cristiano ha dedicado muchos años de su vida a conseguir el equipamiento necesario para explicar a otros la fe. Se le ha liberado de los deberes ordinarios de la vida para que pueda pensar, estudiar y orar para exponer mejor la palabra de Dios. No puede haber una fe cristiana duradera en ninguna iglesia sin un ministerio de enseñanza.

(iii) Debía haber *exhortación*. El mensaje cristiano siempre debe desembocar en la acción cristiana. Ha dicho alguien que todos los sermones deberían terminar con el desafío: <¿Qué vas a hacer con esto, amigo?> No basta presentar el mensaje cristiano como algo que hay que estudiar y entender; hay que presentarlo como algo que hay que poner por obra. El Cristianismo es verdad, pero es verdad en acción.

(iv) Debía haber *oración*. La congregación se reúne en la presencia de Dios; piensa en el Espíritu de Dios; sale al mundo en la fuerza de Dios. Ni la predicación ni la escucha durante el culto, ni la acción consiguiente en el mundo son posibles sin la ayuda del Espíritu de Dios.

No nos haría ningún daño revisar nuestros cultos modernos sobre la base de los primeros cultos de la Iglesia Cristiana.

DEBERES PERSONALES DEL PASTOR

I. Timoteo 4:11-16 (conclusión)

Aquí en este pasaje se expone de una manera sumamente práctica el deber personal del dirigente cristiano.

(i) Debe tener presente que es *un hombre apartado para una tarea especial por la Iglesia*. El dirigente cristiano no tiene sentido aparte de la Iglesia. Su comisión vino de ella; su labor la realiza dentro de su comunión; su deber es edificar a otros en ella. Por eso es por lo que la labor realmente importante de la Iglesia Cristiana no la hace nunca un evangelista itinerante, sino siempre un ministerio local.

(ii) Debe tener presente *que tiene la obligación de pensar en estas cosas*. Su gran peligro es la pereza intelectual y la mente cerrada, negarse a estudiar y permitir que su pensamiento siga fluyendo por los cauces antiguos. El peligro está en que nuevas palabras, nuevos métodos y la intención de presentar la fe en términos contemporáneos puede ser que le saque de quicio. El dirigente cristiano debe ser un pensador cristiano o fracasará en la tarea; y para ser un pensador cristiano se ha de ser un pensador aventurero mientras dure la vida.

(iii) Debe tener presente *el deber de concentrarse*. El peligro está en disipar las energías en muchas cosas que no son centrales a la fe cristiana. Se le presentan invitaciones a muchos deberes y se le confronta con las demandas de muchas esferas de servicio. Hubo un profeta que enfrentó a Acab con una especie de parábola. Dijo que en una batalla uno le había llevado un prisionero para que lo guardara, diciéndole que si el prisionero se le escapaba lo pagaría con su propia vida; pero el soldado dejó vagar su atención y < cuando tu siervo estaba ocupado por aquí y por allá el prisionero se escapó > (1° Reyes 20:35-43). Es fácil para el dirigente cristiano estar ocupado por aquí y por allá y que se le escapen las cosas centrales. La concentración es un deber primordial del dirigente cristiano.

(iv) Debe tener presente *el deber de avanzar*. Su progreso debe serle evidente a todo el mundo. Es demasiado cierto de la mayoría de nosotros que las mismas cosas nos conquistan año tras año; que conforme un año sucede a otro, nosotros no estamos más allá. El dirigente cristiano exhorta a otros a llegar a ser más como Cristo. ¿Cómo puede hacerlo honradamente a menos que él mismo llegue a ser día tras día más como el Maestro Cuyo es y a Quien trata de servir? Cuando Kagawa decidió hacerse cristiano, su primera oración fue: «Dios, hazme como Cristo.» La oración del dirigente cristiano debe ser en primer lugar que él mismo se haga más como Cristo porque sólo así podrá dirigir a otros a Él.

LA CORRECCIÓN FRATERNA

1 Timoteo 5:1s

Si se te presenta la ocasión de reprender a un hombre de edad, no lo hagas con rudeza, sino exhortándole como lo harías con un padre. Trata a los más jóvenes como a hermanos; a las mujeres de edad, como a madres; a las mujeres más jóvenes, como a hermanas, con absoluta pureza.

Siempre es difícil reprender a alguien con benignidad; y para Timoteo habría veces que este deber fuera doblemente difícil -por tener que reprender a un hombre más mayor que él mismo. Crisóstomo escribía: «La reprensión es por su propia naturaleza ofensiva, especialmente cuando se le dirige a una persona mayor; y cuando procede de un joven también, hay un triple despliegue de atrevimiento. Por la manera y suavidad con que la administre debe hacerla más suave. Porque es posible reprender sin ofender, siempre que uno se lo proponga; requiere gran discreción, pero puede hacerse.» Es de temer que esta sea una asignatura pendiente en muchas iglesias.

La reprensión es siempre un problema. Puede que nos disguste tanto la obligación de dirigir una palabra de advertencia que la evitemos en todos los casos. Muchas personas se habrían librado del dolor y del naufragio si se les hubiera dirigido una palabra de advertencia a tiempo. No puede haber tragedia más impactante que la de oírle decir a alguien: «Yo no habría llegado nunca a encontrarme en esta situación si tú me lo hubieras dicho a tiempo.» Siempre es un error el callar la palabra que debía decirse.

Puede que reprendamos a una persona de tal manera que no haya en nuestra voz nada más que rabia ni en nuestra mente y corazón nada más que resentimiento. Una reprensión que se da solamente por ira puede que produzca temor; puede que cause dolor; pero es casi inevitable que cause resentimiento; y su última consecuencia bien puede ser que confirme a la persona equivocada en el error de su camino. La reprensión de la ira y la del enfado despectivo rara vez son eficaces, y es probable que hagan más mal que bien.

Se decía de Florence Allshorn, la gran maestra misionera, que, cuando era la directora de un colegio de mujeres, siempre reprendía a sus estudiantes, cuando hacía falta, rodeándolas con sus brazos. La reprensión que procede inconfundiblemente del amor es la única efectiva. Si alguna vez tenemos razones para reprender a alguien debemos hacerlo de tal manera que quede claro que no lo hacemos porque encontramos un placer cruel, ni porque queremos hacerlo, sino porque estamos obligados por el amor y tratamos de ayudar, no de lastimar.

EL PARENTESCO ESPIRITUAL

1 Timoteo 5:1s (*conclusión*)

Estos dos versículos definen el espíritu que se debe manifestar en el trato con personas de distintas edades en la familia de la iglesia.

(i) A las personas mayores debemos mostrarles *afecto y respeto*. A un hombre mayor hay que tratarle como a un padre y a una mujer mayor como a una madre. El mundo antiguo conocía muy bien la deferencia y el respeto que se deben a la edad. Cicerón escribía: « Es pues el deber de un joven el mostrar respeto a sus mayores, y el adscribirse a los mejores y más aprobados entre ellos para así recibir el beneficio de su consejo e influencia. Porque la falta de experiencia de la juventud requiere la sabiduría práctica de la edad para fortalecerla y dirigirla. Y esta época de la vida ha de ser protegida por encima de todo contra la sensualidad y entrenada para el trabajo y la resistencia tanto de mente como de cuerpo, para ser fuerte para cumplir los deberes del servicio militar y civil. Y aun cuando deseen relajar sus mentes y entregarse al placer, deben tener cuidado con los excesos y tener presentes las reglas de la modestia. Y esto será más fácil si los jóvenes están dispuestos a que se les unan sus mayores, aun en sus placeres» (Cicerón: *De Officiis*, 1:34). Aristóteles escribía: «A todas las personas mayores uno debe también dar el honor correspondiente a su edad, levantándose para recibirlos y encontrándoles sitios donde se sienten y cosas parecidas» (Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, 9:2). Es una de las tragedias de la vida que los jóvenes encuentran muchas veces a los de edad un fastidio. Una frase francesa famosa dice con un suspiro: « ¡Si los jóvenes tuvieran el conocimiento, y los de edad tuvieran el poder!» Pero cuando hay respeto y afecto mutuos, entonces la sabiduría y la experiencia de la edad pueden cooperar con el vigor y el entusiasmo de la juventud para provecho de ambas edades.

(ii) Para con los de nuestra misma edad debemos mostrar *fraternidad*. Los más jóvenes deben tratarse como hermanos. Aristóteles lo expresa: «Con los camaradas y hermanos uno puede permitirse libertad de expresión y el uso en común de todas las cosas» (Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, 9:2). Con los de nuestra edad debemos ser tolerantes y solidarios.

(iii) Con las personas del otro sexo nuestras relaciones deben estar marcadas siempre con *la pureza*. Los árabes tienen

una frase para el verdadero caballero; le llaman < un hermano de las chicas.> Hay una frase famosa que habla de «las amistades platónicas.» El amor se debe guardar para una sola persona; es una cosa terrible que las cosas físicas dominen la relación entre los sexos y que un hombre no pueda mirar a una mujer sin pensar en términos de concupiscencia.

DEBERES CON LA IGLESIA Y LA FAMILIA

1 Timoteo 5:3-8

Honra a las viudas que se encuentran de veras en la situación de viudas necesitadas. Pero si una viuda tiene hijos y nietos, que aprendan sus hijos a empezar a cumplir los deberes de la religión en sus propios hogares; y que aprendan a devolver a sus padres algo de lo que sus padres han hecho por ellos; porque esta es la clase de conducta que obtiene la aprobación de Dios. Ahora bien, la que se encuentra genuinamente en la posición de una viuda, y que se ha quedado totalmente sola, tiene puesta su esperanza en Dios, y se dedica noche y día a las intercesiones y oraciones. Pero la que vive en una libertad desmadrada está muerta aunque parezca estar muy viva. Comparte estas instrucciones para que los demás sean irreprochables. Si alguno deja de proveer para su propio pueblo, y especialmente para los miembros de su propia familia, ha negado la fe y es peor que un no creyente.

La Iglesia Cristiana heredó una preciosa tradición de beneficencia para con los necesitados. Ningún pueblo se ha cuidado más de sus necesitados y ancianos que los judíos. Aquí se dan consejos acerca del cuidado de las viudas. Puede que se trate de dos clases de mujeres. Había sin duda mujeres que se habían quedado viudas por la muerte de sus maridos. Pero no era extraño en el mundo pagano, en ciertos lugares, el que un

hombre tuviera más de una mujer. Cuando un hombre se hacía cristiano, no podía seguir practicando la poligamia, y por tanto tenía que escoger con qué mujer iba a vivir. Eso suponía que algunas esposas tenían que ser despedidas y se encontraban en una posición muy desafortunada. Puede ser que tales mujeres también se consideraran como viudas y la Iglesia las ayudara.

La ley judía establecía que en el momento del matrimonio un hombre tenía que hacer provisión para su mujer en caso de que quedara viuda. Los primeros servidores que nombró la Iglesia Cristiana tenían entre sus deberes el de cuidarse fielmente de las viudas (*Hechos 6:1*). Ignacio estableció: «Que no se vean abandonadas las viudas. Después del Señor sé tú su guardián.» *Las Constituciones Apostólicas* exhortan al obispo: «Oh obispo, ten cuidado de los necesitados tendiéndoles una mano de ayuda y haciendo provisión para ellos como mayordomo de Dios, distribuyendo las ofrendas a su tiempo para cada uno de ellos, a las viudas, los huérfanos, los solitarios y los que pasan por aflicción.» El mismo libro contiene una instrucción interesante y amable: « Si alguno recibe algún servicio para llevar a una viuda o mujer pobre... que se lo dé el mismo día.» Como dice el proverbio: «Da dos veces el que da sin demora,» y la Iglesia se preocupaba de que los que padecían pobreza no tuvieran que esperar y padecer necesidad porque uno de los servidores de la iglesia se retrasara.

Ha de notarse que la Iglesia no se proponía asumir responsabilidad por las personas mayores que tenían hijos capaces de mantenerlos. El mundo antiguo era muy claro en cuanto al deber que tenían los hijos de mantener a sus padres ancianos y, como E. K. Simpson ha dicho muy bien: «Una confesión religiosa que caiga por debajo del nivel de deber reconocido por el mundo es un triste fraude.» La Iglesia no habría reconsentido nunca que su caridad se convirtiera en una excusa para que los hijos evadieran su responsabilidad.

Era ley griega desde los tiempos de Solón el que los hijos y las hijas estaban obligados, no sólo moralmente, sino también legalmente a mantener a sus padres. Cualquiera que

incumpliera ese deber perdía sus derechos de ciudadanía. Esquines, el orador ateniense, dice en uno de sus discursos: «¿Y a quién condenó al silencio en la Asamblea del pueblo nuestro legislador (Solón)? ¿Y dónde deja esto claro? "Que se haga dice un escrutinio de los oradores públicos, en caso de que haya alguien que hable en la Asamblea del pueblo que golpea a su padre o a su madre, o que incumple su deber de mantenerlos o darles un hogar."» Demóstenes dice: «Considero al hombre que abandona a sus padres como incrédulo y aborrecedor de los dioses tanto como de los hombres.» Filón, escribiendo acerca del mandamiento de honrar a los padres dice: «Cuando las cigüeñas viejas ya no pueden volar, se quedan en sus nidos y las alimentan sus hijos, que se someten a duros trabajos para proveerles el alimento a causa de su piedad.» Para Filón estaba claro que hasta la creación animal reconocía su obligación para con los padres ancianos, y ¡cuánto más deben hacerlo así los seres humanos! Aristóteles, en la *Ética a Nicómaco*, establece: «Se pensaría que en lo referente al alimento debemos ayudar a nuestros padres antes que a todos los demás, puesto que les debemos nuestra nutrición a ellos, y es más honorable ayudar en este sentido a los autores de nuestro ser, aun antes que a nosotros mismos.» Según lo veía Aristóteles uno debe antes morir de hambre que dejar padecer necesidad a sus padres. Platón en *Las Leyes* expresa la misma convicción de la deuda que se tiene con los padres: «Seguidamente viene el honor de los padres amantes, a los cuales, como es debido, tenemos que pagar la primera y la más grande y más antigua de las deudas, considerando que todo lo que tiene una persona pertenece a aquellos que le dieron nacimiento y la criaron, y que debe hacer todo lo que pueda para ministrarle; primero, con sus propiedades; segundo, con su persona; y tercero, con su alma; pagando las deudas que les debe por el cuidado y trabajo que ellos le otorgaron antiguamente en los días de su infancia, y que ahora se le ofrece la oportunidad de devolverles cuando ellos son ancianos y se encuentran en una necesidad extrema.»

Lo mismo encontramos en los poetas griegos. Cuando Ifigenia estaba hablando con su padre Agamenón en la *Ifigenia en Aulis* de Eurípides, dice:

Yo fui la primera que te llamé padre, y tú a mí hija. Yo fui la que en un principio descansé mi cuerpo en tus rodillas y te di y recibí de ti dulces caricias. Y ésta era tu palabra: < Ah, mi chiquilla, me consideraré bendito cuando te vea en la casa de tu marido viviendo y floreciendo de una manera digna de mí. » Y entretejiendo mis dedos en tu barba, a la que ahora me aferro, así te respondía yo: <¿Y qué será de ti? ¿Le daré la bienvenida a tus canas, padre, amorosamente en mi casa, compensándote por todo el esfuerzo que tú has derramado conmigo?>

El gozo del hijo era esperar el día en que pudiera compensar a sus padres todo lo que habían hecho por él.

Cuando Eurípides cuenta cómo descubrió Orestes que un hado cruel le había hecho matar involuntariamente a su propio padre, le hace decir:

Él me crió cuando yo era un bebé y me prodigó sus besos. ¡Oh desgraciado corazón y alma míos! ¡He devuelto una paga miserable! ¿Qué velo de tinieblas puedo ponerme a la cara? Ojalá ante mí se extendiera alguna nube para esconderme de la mirada escrutadora del anciano.

Para Eurípides el más acuciante pecado del mundo era el fracaso en los deberes para con los padres.

Los escritores éticos del Nuevo Testamento estaban seguros de que el sostenimiento de los padres era una parte esencial de los deberes del cristiano. Es algo que hay que tener presente. Vivimos en un tiempo cuando hasta los deberes más sagrados se dejan de lado o se deja que los cumpla el Estado, y cuando esperamos en tantos casos que la beneficencia pública haga lo que debería hacer la piedad privada. Como lo veían las

Pastorales, la ayuda que se presta a los padres tiene dos vertientes. Primera es honrar a los que la reciben. Es la única manera en que un hijo puede manifestar la estima de su corazón. Segunda es un reconocimiento de las exigencias del amor. Es devolver el amor que se recibió en tiempo de necesidad con amor dado en tiempo de necesidad; y sólo con amor se puede pagar el amor.

Todavía nos queda una cosa por decir, y no estaría bien pasarla por alto. Este preciso pasaje pasa a establecer algunas de las cualidades de las personas a las que la Iglesia es llamada a sostener. Lo que es verdad de la Iglesia es verdad dentro de la familia. Si hay que mantener a una persona, esa persona tiene que dejarse mantener. Si se lleva a un padre a la casa de su hijo y con su conducta desconsiderada no causa más que problemas, surge otra situación. Aquí hay una doble obligación; la que tiene el hijo de mantener al padre, y el deber del padre de ser tal que ese mantenimiento sea posible dentro de la estructura del hogar.

UNA HONORABLE Y ÚTIL ANCIANIDAD

1 Timoteo 5:9s

Que no se apunte a una mujer como viuda nada más que si tiene más de sesenta años de edad; si ha sido la mujer de un solo marido; si ha merecido tener una fama confirmada de buenas obras; si ha criado hijos; si ha practicado la hospitalidad con los forasteros; si ha ayudado a los necesitados; si ha lavado los pies de los santos; si se ha dedicado a toda clase de buenas obras.

Por este pasaje se ve claramente que la iglesia tenía una lista oficial de viudas; y parece que la palabra viuda se usa aquí con un doble sentido. Mujeres que eran de edad avanzada y cuyos maridos había muerto y cuyas vidas eran preciosas y

útiles eran la responsabilidad de la iglesia; pero también es verdad que, tal vez ya en un tiempo tan temprano, y ciertamente algo más tarde en la Iglesia Primitiva, había una orden oficial de viudas, una orden de mujeres mayores que se apartaban para deberes especiales.

En las disposiciones de *Las Constituciones Apostólicas*, que nos dicen cómo eran la vida y la organización de la Iglesia en el siglo III, se establece: < Se nombrarán tres viudas, dos para perseverar en la oración por los que están en pruebas, y para recibir revelaciones cuando éstas sean necesarias, pero una para ayudar a las mujeres que han sido visitadas por la enfermedad; debe estar dispuesta a prestar un servicio, con discreción, diciéndoles a los ancianos lo que se necesita, sin avaricia, no excesivamente aficionada al vino, para que pueda mantenerse sobria y ser capaz de realizar los servicios por la noche y muchos otros deberes de amor.>

Tales viudas no eran ordenadas como los ancianos y los obispos; eran apartadas mediante la oración para el trabajo que tenían que hacer. No habían de ser apartadas hasta que tuvieran más de sesenta años. Esa era una edad que el mundo antiguo también consideraba especialmente conveniente para dedicarse a la vida espiritual. Platón, en su plan para el estado ideal, mantenía que sesenta años era la edad correcta para que los hombres y las mujeres llegaran a ser sacerdotes y sacerdotisas.

Las Epístolas Pastorales son siempre intensamente prácticas; y en este pasaje encontramos siete condiciones que debían satisfacer las viudas de la Iglesia.

Tenían que haber sido mujeres de un solo marido. En una edad en la que el vínculo matrimonial se miraba con tanta ligereza y se deshonraba casi universalmente, habían de ser ejemplos de pureza y fidelidad.

Tenían que haber ganado una buena reputación por buenas obras. Los encargados de la Iglesia, varones o mujeres, tenían a su cuidado, no solamente su propia reputación personal, sino también el buen nombre de la Iglesia. Nada desacredita tanto a una iglesia como los encargados indignos; y no hay mejor

publicidad para la Iglesia que una persona responsable que aplica su cristianismo a las actividades de la vida diaria.

Tienen que haber criado hijos. Esto bien puede querer decir más de una cosa. Puede querer decir que las viudas tienen que haber dado pruebas de su piedad cristiana educando a sus propias familias cristianamente. Pero puede que quiera decir más que eso. En una edad en la que el vínculo matrimonial se había relajado mucho y los hombres y las mujeres cambiaban de cónyuge con una rapidez alucinante, los hijos se considerarían un obstáculo. Ésta era la gran edad de la exposición de los bebés. Cuando nacía un niño, se le traía y se le ponía a los pies de su padre. Si el padre se inclinaba y le levantaba, eso quería decir que le reconocía y que estaba dispuesto a aceptar responsabilidad por su crianza. Si el padre se daba la vuelta y se marchaba, al bebé se le arrojaba literalmente como si fuera una basura indeseable. Solía pasar que recogían esos niños no aceptados personas sin escrúpulos, y si eran chicas las criaban para emplearlas en los burdeles públicos, y si eran chicos, para venderlos como esclavos o entrenarlos como gladiadores en el circo. Era un deber cristiano el rescatar tales niños de la muerte o aun de cosas peores, y criarlos en un hogar cristiano. Así es que esto puede querer decir que las viudas habrían sido mujeres que habían estado dispuestas a darles un hogar a niños abandonados.

Tenían que haber practicado la hospitalidad con los forasteros. Las posadas del mundo antiguo eran notoriamente sucias, caras e inmorales. Los que abrían sus casas a viajeros o forasteros, o a los jóvenes cuyo trabajo o estudio los obligaba a estar fuera de su hogar, estaban haciendo un servicio sumamente valioso a la comunidad. La puerta abierta de un hogar cristiano es siempre una cosa preciosa.

Tenían que haber lavado los pies de los santos. Esto no hay que tomarlo literalmente, aunque el sentido literal estaría también incluido. El lavarle los pies a una persona era una tarea propia de un esclavo, el más servil de todos los deberes. Esto querría decir que las viudas cristianas tenían que haber

estado dispuestas a aceptar las tareas más humildes en el servicio de Cristo y de los cristianos. La Iglesia necesitaba responsables que vivieran desahogadamente; pero no menos a los que estuvieran dispuestos a hacer las tareas que no dan importancia ni casi se agradecen.

Tenían que haber ayudado a los que tenían problemas. En los tiempos de persecución no era una cosa insignificante el ayudar a los cristianos que estaban sufriendo por su fe. Eso era identificarse con ellos y asumir el riesgo de recibir un castigo semejante. El cristiano tenía que estar al lado de los que tuvieran problemas a causa de su fe, aun en el caso de, por hacerlo así, granjearse problemas.

Tenían que haberse dedicado a toda clase de buenas obras. Todos los hombres concentraban su vida en algo; el cristiano concentraba la suya en la obediencia a Cristo y la ayuda a los demás.

Cuando estudiamos estos requisitos para las que habían de ser reconocidas como viudas, vemos que eran las cualidades de cualquier buen cristiano.

REQUISITOS Y PELIGROS DEL SERVICIO

1 Timoteo 5:9s (conclusión)

Como ya hemos dicho, si no tan pronto como en el tiempo de las Epístolas Pastorales sí en días posteriores, las viudas llegaron a ser una orden reconocida en la Iglesia Cristiana. Su posición y trabajo se tratan en los primeros ocho capítulos del tercer libro de Las Constituciones Apostólicas, y estos capítulos revelan el uso que la tal orden podía representar y los peligros que surgían inevitablemente.

(i) Se establece que las mujeres que desearan servir a la Iglesia debían ser discretas. Especialmente habían de serlo en el habla: «Que cada viuda sea humilde, callada, benigna, sincera, libre de ira, no charlatana, no chillona, no rápida para

hablar, no dada a hablar mal, no suspicaz, no de doble lengua, no una metomentodo. Si ve u oye cualquier cosa que no está bien, que se porte como si no lo hubiera visto y como si no lo hubiera oído.» Tales encargados de la Iglesia deben ser muy cuidadosos cuando discuten la fe con los de fuera: «Porque los incrédulos, cuando escuchan la doctrina relativa a Cristo, no explicada como es debido, sino defectuosamente, especialmente la que se refiere a Su Encarnación o Su Pasión, la rechazarán más bien con burla, y se reirán de ella como si fuera falsa, antes que alabar a Dios por ella.»

No hay nada más peligroso que un encargado de la iglesia que hable acerca de cosas que deberían mantenerse secretas; y un encargado de la iglesia debe estar equipado para comunicar el Evangelio de una manera que haga a los oyentes pensar mejor y no peor de la verdad cristiana.

(ii) Se establece que las mujeres que sirven en la iglesia no deben ser zascandiles: «Que por tanto la viuda se reconozca como "el altar de Dios," y que se esté sentada en su propia casa y no se meta en las casas de los incrédulos en busca de nada; porque el altar de Dios nunca anda vagando por ahí, sino que está fijo en un lugar. Por tanto que la virgen y la viuda sean tales que no anden vagando por ahí, o entrando en las casas de los que son ajenos a la fe. Porque las que eso hacen son zascandiles e impúdicas.» La chismosa inquieta está mal equipada para servir a la Iglesia.

(iii) Se establece que las viudas que acepten la caridad de la iglesia no deben ser ansiosas. «Hay algunas viudas que consideran que su negocio consiste en sacar beneficio; y como piden sin vergüenza, y no están nunca contentas con lo que reciben, hacen que los demás estén menos dispuestos a dar... Una mujer así está pensando en su mente adónde se puede dirigir para obtener, o que una cierta mujer que es su amiga se ha olvidado de ella, y ella tiene algo que decirle... murmura de la diaconisa que distribuye la beneficencia diciendo: "¿Es que no ves que yo estoy en más angustia y necesidad de tu ayuda? ¿Por qué entonces la has preferido a ella antes que a

mí?"» Está muy feo tratar de vivir a costa de la iglesia más bien que para la iglesia.

(iv) Se establece que tales mujeres deben hacer todo lo posible para subvenir sus necesidades: «Que haga cosas de lana y ayude a otras en lugar de ser ella la que necesite ayuda.» La beneficencia de la iglesia no existe para hacer que las personas sean perezosas y dependientes.

(v) Tales mujeres no deben ser envidiosas ni celosas: «Oímos que algunas viudas son celosas, calumniadoras envidiosas y envidiosas de la tranquilidad de otras personas... Les corresponde, cuando una de sus compañeras de viudedad es vestida por alguno, o recibe dinero, o comida, o bebida, o calzado, dar gracias a Dios por el alivio de su hermana.» Aquí tenemos al mismo tiempo una descripción de las faltas de las que la iglesia suele estar llena, y de las virtudes que deberían ser las señales de la verdadera piedad cristiana.

LOS PELIGROS DE LA OCIOSIDAD

1 Timoteo 5:11-16

Resístete a apuntar a mujeres más jóvenes como viudas, porque cuando se ponen impacientes con las restricciones de la viudedad cristiana quieren casarse, por lo que merecen la condenación, porque han quebrantado el compromiso de su primera fe; y, al mismo tiempo, aprenden a estar ociosas y a correr de casa en casa. Sí, pueden llegar a estar más que ociosas; pueden convertirse en chismosas y zascandiles, diciendo lo que no se debe repetir. Mi deseo es que las viudas más jóvenes se casen y tengan hijos, y lleven su casa y hogar, sin dar a nuestros oponentes oportunidad de crítica. Porque, tal como están las cosas, algunas de ellas se han descarriado para seguir a Satanás. Si algún creyente es pariente de alguna viuda, que la ayude, y no deje que la iglesia tenga que

cargar con esa responsabilidad, para que pueda encargarse de las que están auténticamente en situación de viudas.

Un pasaje como éste refleja la situación social en que se encontraba la Iglesia Primitiva.

No es que se condene a las viudas más jóvenes por casarse otra vez. Lo que se condena es otra cosa. Se muere un marido joven; y la viuda, en la primera amargura del dolor y siguiendo el impulso del momento, decide permanecer viuda toda la vida y dedicarse a la Iglesia; pero más tarde cambia de opinión y se casa otra vez. Esa mujer se ve que ha tomado a Cristo por esposo. Al casarse otra vez se considera que está siendo infiel a su voto matrimonial con Cristo. Habría sido mejor que nunca hiciera ese voto.

Lo que complicaba mucho éste asunto era el trasfondo social de los tiempos. Era casi imposible para una mujer soltera o viuda el ganarse la vida honradamente. No había prácticamente ninguna profesión ni trabajo que le estuviera abierto. El resultado era inevitable; casi se veía impulsada a la prostitución para poder vivir. La mujer cristiana, por tanto, tenía o que casarse o que dedicar su vida completamente al servicio de la Iglesia; no había término medio.

En cualquier caso, los peligros de la ociosidad siguen siendo los mismos en cualquier edad. Estaba el peligro de sentirse *inquieta*; como esa mujer no tendría muchas cosas que hacer, podría volverse una de esas criaturas que vagan de casa en casa en un círculo social vacío. Era casi inevitable el que tal mujer se volviera *una chismosa*; como no tenía nada importante de que hablar, se dedicaría a hablar de escándalos, repitiendo cuentos de casa en casa, cada vez más bordados y con más malicia. Tal mujer corría el riesgo de volverse *una zascandil*; como no tenía nada propio para llamar la atención, estaría propensa a mostrar un interés excesivo y a interferirse excesivamente en asuntos ajenos.

Era verdad entonces, como lo es ahora, que «Satanás les encuentra algún quehacer a las manos desocupadas.» La vida

plena es siempre la más segura, y la vida vacía siempre está en peligro.

Así que a las mujeres más jóvenes se les da el consejo de casarse y ocuparse en la tarea más importante de todas, la de cuidarse de una familia y hacer un hogar. Aquí tenemos otro ejemplo de uno de los principales pensamientos de las Epístolas Pastorales. Siempre están preocupadas acerca de cómo se presenta el cristiano al mundo exterior. ¿Da oportunidad de criticar a la Iglesia, o razón para admirarla? Siempre es verdad que «el más grande obstáculo que tiene la Iglesia son las vidas deficientes de los que se profesan cristianos,» e igualmente verdad que la más convincente prueba a favor del Cristianismo es una vida genuinamente cristiana.

REGLAS PRÁCTICAS DE ADMINISTRACIÓN

1 Timoteo 5:17-22

Los ancianos que cumplan bien sus deberes sean tenidos por dignos de un doble honor, especialmente los que trabajan en la predicación y en la enseñanza; porque la Escritura dice: «No le pongas bozal al buey que está trillando,» y «el obrero merece su paga.»

No aceptes una acusación contra un anciano a menos que esté respaldada por dos o tres testigos.

Reprende en presencia de todos a los que persistan en el pecado, para que los demás desarrollen un sano temor al pecado.

Te amonesto delante de Dios y de Jesucristo y de los ángeles escogidos que guardes estas normas imparcialmente y que no hagas nada movido por prejuicios o favoritismos.

No te precipites a imponerle las manos a nadie, ni a solidarizarte con los pecados ajenos. Mantén tu pureza.

Aquí tenemos una serie de disposiciones de lo más prácticas para la vida y la administración de la iglesia.

(i) Los ancianos deben ser honrados como es debido y pagados adecuadamente. Cuando se hacía la trilla en Oriente, lo mismo que en España hasta hace muy poco, las gavillas de la siega se colocaban en la era; seguidamente se hacía que parejas de bueyes y otros animales arrastraran el trillo sobre las gavillas, algunas veces atándolos a un poste central y haciéndoles dar vueltas sobre el grano; en cualesquiera formas, no se les ponía el bozal a los animales, dejándolos en libertad de comer todo lo que quisieran en recompensa por el trabajo que estaban haciendo. Esta ley concreta acerca de los bueyes de encuentra en *Deuteronomio 25:4*.

El dicho de que el obrero merece su salario es un dicho de Jesús (*Lucas 10:7*). Suena a un dicho proverbial que Él citara y todos conocieran. Cualquier trabajador merece ganarse la vida, y cuanto más trabaje, tanto más merece ganar. El Cristianismo nunca ha tenido nada que ver con la ética sentimental que reclama la igualdad para todos. La recompensa de un hombre debe ser proporcional a su trabajo.

Se ha de notar qué clase de ancianos han de ser honrados y recompensados especialmente: son los que trabajan en *la predicación y la enseñanza*. El anciano cuyo servicio consistía solamente en palabras y en discusiones y en razonamientos no es del que se trata aquí. Al que la iglesia realmente honraba era al hombre que trabajaba para edificar y construir mediante su predicación de la verdad y su educación de los jóvenes y de los nuevos convertidos.

(ii) La ley judía establecía que ninguna persona podía ser condenada por la evidencia de un solo testigo: «No se tomará en cuenta a un solo testigo contra alguien en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquier ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación» (*Deuteronomio 19:15*). **La Misná**, la ley rabínica codificada, dice describiendo el proceso del juicio: «De la misma manera el segundo testigo era introducido y

examinado. Si el testimonio de los dos se encontraba que estaba de acuerdo, se abría el turno para la defensa.» Si no constaba más que la evidencia de un solo testigo no había razón para dictar sentencia.

En tiempos posteriores las reglas de la Iglesia establecieron que los dos testigos debían ser cristianos, porque le habría sido fácil a un pagano malicioso fabricar una acusación falsa contra un anciano cristiano con el propósito de desacreditarle, y con él a la Iglesia. En los primeros días, las autoridades de la Iglesia no dudaban en aplicar disciplina, y Teodoro de Mopsuesto, uno de los primeros padres, indica lo necesaria que era esta regla, porque los ancianos siempre estaban expuestos a no ser del gusto de todos, y estaban especialmente expuestos a ataques maliciosos < debidos a la venganza de algunos a los que hubieran reprendido por sus pecados.» Uno que hubiera sido disciplinado podría tratar de vengarse acusando maliciosamente a un anciano de alguna irregularidad o algún pecado.

Es un hecho indudable que este mundo sería mucho más feliz, y la Iglesia también, si las personas se dieran cuenta de que no es menos que un pecado el difundir historias de cuya verdad no se está seguro. La charla irresponsable, crítica y maliciosa causa un daño infinito y un infinito dolor de corazón, y tal práctica no puede seguir indefinidamente sin recibir el castigo de Dios.

REGLAS PRÁCTICAS DE ADMINISTRACIÓN

1 Timoteo 5:17-22 (conclusión)

(iii) A los que persistan en el pecado ha de reprendérselos públicamente. Esa pública reprensión tenía un doble valor. Le hacía parar mientes al pecador para considerar sus propios caminos; y hacía que otros tuvieran cuidado no fuera que se vieran en una humillación semejante. La amenaza de la

publicación del pecado no es una mala cosa si mantiene a la persona en el buen camino, aunque sea por temor. Un pastor sabio conocerá el momento en que se han de mantener las cosas reservadas y el momento en que se ha de llegar a la reprensión pública. Pero suceda lo que suceda, la Iglesia no debe dar nunca la impresión de que hace la vista gorda en situaciones de pecado manifiesto.

(iv) Se exhorta a Timoteo a cumplir con su responsabilidad sin favoritismos ni prejuicios. B. S. Easton escribe: < El bienestar de cualquier comunidad depende de la disciplina imparcial.» No hay nada que origine mayores prejuicios que el que algunas personas sean tratadas como si no pudieran hacer nada malo y otras como si no pudieran hacer nada bien. La justicia es una virtud universal, y la Iglesia debe asegurarse de no caer por debajo de los niveles imparciales que hasta el mundo exige.

(v) A Timoteo se le advierte que no se precipite «en imponerle las manos a ninguno.» Eso puede querer decir una de dos cosas.

(a) Puede que quiera decir que no ha de ser demasiado rápido en imponerle las manos a nadie para ordenarle para una responsabilidad en la iglesia. Antes de conseguir un ascenso en los negocios, o en la enseñanza, o en el ejército, la marina o las fuerzas aéreas, uno tiene que demostrar que lo merece. Nadie debería nunca empezar en la cima. Esto es doblemente importante en la Iglesia; porque el que ocupa un lugar importante y fracasa, desacredita, no sólo a sí mismo, sino también a la Iglesia. En un mundo crítico, la Iglesia no puede pasarse en relación con la clase de personas que elige como sus dirigentes.

(b) En la Iglesia Primitiva había la costumbre de imponerle las manos a un pecador penitente que había dado pruebas de la sinceridad de su arrepentimiento y había vuelto al rebaño de la iglesia. Se establece: «Cuando un pecador se arrepiente, y muestra frutos de arrepentimiento, imponle las manos mientras todos oran por él.» Eusebio nos dice que era la costumbre

antigua el que los pecadores arrepentidos fueran recibidos otra vez mediante la imposición de manos y la oración. Si ése es el sentido aquí, sería una advertencia a Timoteo para que no se precipitara en recibir otra vez a uno que hubiera traído descrédito a la iglesia; el esperar hasta que mostrara que su penitencia era genuina, y que estaba decidido a remodelar su vida de acuerdo con su profesión de arrepentimiento. Eso no quiere decir ni un momento que tal persona había de mantenerse a cierta distancia y tratarse con suspicacia; tenía que tratarse con toda simpatía y con toda ayuda y dirección en este período de prueba. Pero sí es decir que la membresía de la iglesia no se ha de tratar nunca con ligereza y que una persona debe dar muestras de su arrepentimiento por el pasado y de su determinación para el futuro antes de ser recibida, no en *la compañía* de la iglesia, sino en su *membresía*. La compañía de la iglesia existe para ayudar a tales personas a redimirse, pero su membresía es para las que han comprometido sus vidas de veras a Cristo.

CONSEJO A TIMOTEO

1 Timoteo 5:23

Deja de beber el agua sola, y usa un poco de vino por causa de tu estómago, para que te ayude en tus frecuentes enfermedades.

Esta frase muestra toda la intimidad de estas cartas. Entre los asuntos de la Iglesia y los problemas de la administración, Pablo encuentra el momento para introducir un detalle de consejo cariñoso para Timoteo acerca de su salud.

Siempre había habido una vena de ascetismo en la religión judía. Siempre que un hombre asumía el voto nazareo (*Números 6:1-21*) se comprometía a no probar ninguna bebida fermentada (*Números 6:3s*). Los recabitas también se habían

comprometido a abstenerse del vino. El *Libro de Jeremías* nos cuenta que Jeremías fue a ofrecerles a los recabitas vino, y ellos se lo rechazaron por fidelidad a su tradición ancestral (*Jeremías 35:5-7*). Ahora bien, Timoteo era judío por una parte -su madre era judía (*Hechos 16:1*)- y puede que hubiera heredado de su madre esta tendencia ascética. Por parte de su padre era griego. Ya hemos visto que en el trasfondo de las Pastorales se descubre la herejía del gnosticismo, que consideraba toda la materia como mala, y que conducía a veces al ascetismo; y bien puede ser que Timoteo estuviera influenciado inconscientemente por este ascetismo griego también.

Aquí encontramos una gran verdad que los cristianos olvidamos a veces para nuestro riesgo: Que no debemos desentendernos del cuerpo, porque el sopor y la aridez espiritual les proceden a menudo del hecho de que el cuerpo está cansado o abandonado. No hay máquina que funcione debidamente si no se la cuida; y lo mismo pasa con el cuerpo. No podemos hacer bien la obra de Cristo a menos que nos encontremos en la debida forma físicamente. No es ninguna virtud -sino más bien lo contrario- el olvidarse del cuerpo o el despreciarlo. *Mens sana in corpore sano*, una mente sana en un cuerpo sano, era un antiguo ideal latino, que coincide perfectamente con el ideal cristiano.

Este es un texto que ha llevado por la calle de la amargura a muchos abogados de la abstinencia total. Hay que recordar que no le da permiso a todo el mundo para beber alcohol en exceso; simplemente aprueba el uso del vino cuando puede ser de ayuda para la salud. Si establece algún principio de carácter general, E. F. Brown lo expresó muy bien: < Muestra que aunque la total abstinencia puede recomendarse como un consejo sabio, no debe nunca imponerse como una obligación religiosa. > Pablo quiere decir sencillamente que no hay ninguna virtud en un ascetismo que le produce al cuerpo más mal que bien.

ES IMPOSIBLE OCULTAR NADA INDEFINIDAMENTE

1 Timoteo 5:24s

Los pecados de algunas personas están a la vista de todo el mundo, y no pueden conducir más que al juicio, mientras que los pecados de otros acabarán por alcanzarlos debidamente. Pues lo mismo sucede con las buenas obras, que puede que estén a la vista de todo el mundo, mientras que hay cosas de una cualidad diferente que no se pueden ocultar.

Este dicho nos mueve a dejarle las cosas a Dios y estar tranquilos. Hay pecadores obvios, cuyos pecados los están conduciendo claramente al desastre y al castigo; mientras que hay pecadores secretos que, tras una apariencia de rectitud impecable, viven una vida que es en esencia malvada y fea. El hombre puede que no lo vea, pero Dios sí. < El hombre ve la acción, pero Dios ve la intención.> No hay manera de evitar la confrontación final con el Dios que lo ve y lo conoce todo.

Hay algunos cuyas buenas obras están a la vista de los demás, y que ya se han ganado las alabanzas y las gracias y las felicitaciones de los hombres. Hay algunos cuyas buenas obras no se notan, ni aprecian, ni agradecen, ni alaban, ni sé valoran como sería de desear. Ellos no tienen por qué sentirse ni defraudados ni disgustados. Dios conoce también las buenas obras, y Él pagará, porque no está nunca en deuda con nadie.

Aquí se nos dice que no debemos ni ponernos furiosos por el aparente escape de otros, ni amargarnos por la aparente ingratitud humana, sino debemos estar contentos de dejar todas las cosas al juicio definitivo de Dios.

CÓMO SER ESCLAVO Y CRISTIANO

1 Timoteo 6:1s

Que todos los que se encuentran sometidos al yugo de la esclavitud consideren a sus amos dignos de todo respeto para que nadie tenga ocasión de hablar mal del nombre de Dios y de la enseñanza cristiana. Si tienen amos que son creyentes, que no traten de aprovecharse de ellos porque son hermanos, sino más bien que les presten mejor servicio, porque los que tienen derecho a ese servicio son creyentes y amados.

Por debajo de la superficie de este pasaje hay ciertos principios cristianos supremamente importantes para la vida y el trabajo diarios.

El esclavo cristiano se encontraba en una situación especialmente difícil. Si era esclavo de un amo pagano, podría fácilmente dejar bien claro que consideraba a su amo abocado a la perdición y a sí mismo como heredero de la salvación. Su cristianismo le podría producir un sentimiento de superioridad intolerante que crearía una situación imposible. Por otra parte, si su amo era cristiano, el esclavo podría estar tentado a sacar ventajas de la relación usándola como una excusa para producir un trabajo ineficaz con la esperanza de librarse del castigo. Podría ser que creyera que el hecho de que los dos, él y su amo, eran cristianos le permitía esperar una consideración especial. Ahí había un verdadero problema. Debemos fijarnos en dos cosas generales.

(i) En aquellos días la Iglesia no surgió como el posible destructor de la esclavitud por medios violentos y rápidos. Y fue sabia. Había algo así como 60 millones de esclavos en el Imperio Romano. Simplemente por su número se los consideraba siempre como enemigos en potencia. Si se producía alguna vez una revuelta de esclavos, se la liquidaba por la fuerza bruta, porque el Imperio Romano no se podía permitir consentir

que los esclavos se rebelaran. Si un esclavo se escapaba y le cogían, o bien le ejecutaban o le marcaban en la frente con un hierro candente una letra F, que representaba la palabra *fugitivus*, que quiere decir *escapado*. Había hasta una ley romana que estipulaba que si un amo era asesinado todos sus esclavos podían ser interrogados bajo tortura, y hasta se los podía matar a todos como a un solo cuerpo. E. K. Simpson escribe sabiamente: «Una campaña espiritual del Cristianismo habría sido fatalmente comprometida por inflamar el rescoldo de la lucha de clases o por ofrecer un refugio en su seno a esclavos fugitivos.»

Para la Iglesia el haber animado a los esclavos a rebelarse contra sus amos habría sido fatal. Habría provocado sencillamente una guerra civil, un asesinato en masa, y su propio descrédito. Lo que sucedió fue que en el transcurso de los siglos el Cristianismo penetró de tal manera en la civilización que al final los esclavos fueron libertados voluntariamente y no por la fuerza. Aquí tenemos una lección tremenda. Es la prueba de que ni los hombres ni el mundo ni la sociedad se pueden reformar por la fuerza ni por decreto. La reforma debe venir por medio de una lenta penetración del espíritu de Cristo en la situación humana. Las cosas tienen que suceder en el tiempo de Dios, no en el nuestro. A fin de cuentas el camino lento es el único seguro, y el camino de la violencia siempre se derrota a sí mismo.

(ii) Aquí encontramos la verdad adicional de que «la igualdad espiritual no borra las diferencias civiles.» Es un peligro constante el que una persona pueda mirar inconscientemente su cristianismo como una disculpa para la flojera y la ineficacia. Porque él y su jefe son ambos cristianos, puede esperar que le trate con una consideración especial. Pero el hecho de que tanto el jefe como el hombre sean cristianos no exime al empleado de cumplir con su trabajo diario y ganarse su salario. El cristiano no está menos obligado a someterse a la disciplina de la vida y a ganarse el sueldo que cualquier otro ciudadano.

(iii) ¿Cuál es entonces el deber del esclavo cristiano según las Pastorales? Es el ser un buen esclavo. Si no lo es, si es perezoso y descuidado, si es desobediente y insolente, sencillamente provee al mundo de municiones para criticar la Iglesia. El obrero cristiano debe recomendar su Cristianismo siendo mejor obrero que los otros. En particular, su trabajo tiene que ser hecho en un espíritu nuevo. Ya no pensará en sí mismo como obligado a trabajar contra su voluntad; considerará que está prestandole un servicio a su jefe, a Dios y a sus semejantes. Su objetivo será, no a hacer lo menos que le obliguen a uno, sino lo más que se pueda, voluntariamente.

MAESTROS Y ENSEÑANZA FALSOS

1 Timoteo 6:3-5

Si alguien imparte una clase diferente de enseñanza y no se aplica a las palabras sanas (quiero decir las palabras de nuestro Señor Jesucristo) y a la enseñanza piadosa, está hinchado de orgullo. Es un hombre sin entendimiento; lo que tiene más bien es una adicción enfermiza a la especulación sutil y a la logomaquia que no puede producir más que envidia, pelea, intercambio de insultos, suspicacias malvadas, constantes altercados de personas que tienen la mente corrompida y que están destituidas de la verdad, personas que creen que la religión es un medio para hacer dinero.

Las circunstancias de la vida en el mundo antiguo le ofrecían al falso maestro una oportunidad que él no tardaba en aprovechar. Por el lado cristiano, la Iglesia estaba llena de profetas ambulantes, cuya forma de vida les confería un cierto prestigio. El culto cristiano era menos organizado que ahora en muchas iglesias. Cualquiera que creía que tenía un mensaje tenía libertad para darlo; y la puerta estaba abierta de par en

par para los que quería propagar un mensaje falso. Por el lado pagano, estaban los llamados *sofistas*, *sabios*, que se aplicaban al negocio, por así decirlo, de vender filosofía. Tenían dos tendencias. Pretendían ser capaces de enseñar a los hombres, por una paga, a discutir inteligentemente; eran hombres que con lenguas suaves y mentes despiertas estaban capacitados para «hacer que lo peor pareciera lo mejor.» Habían convertido la filosofía en una forma de hacerse ricos. La otra tendencia era hacer demostraciones de hablar en público. A los griegos siempre les había fascinado la palabra hablada; les encantaban los oradores; y esos sofistas ambulantes iban de pueblo en pueblo haciendo sus demostraciones oratorias. Trataban de hacerse la publicidad a gran escala y hasta llegaban a repartir invitaciones personales a sus actuaciones. Los más famosos entre ellos atraían a sus conferencias literalmente a miles de personas; eran en aquel tiempo los equivalentes de las estrellas pop modernas. Filostrato nos dice que Adriano, uno de los más famosos de ellos, había alcanzado tal popularidad que, cuando aparecía su pregonero con la noticia de que iba a hablar se vaciaban hasta el senado y el circo, y el ateneo se abarrotaba de personal para oírle.

Tenían tres grandes faltas. Sus conferencias eran totalmente fantásticas. Se ofrecían a hablar de cualquier asunto, por muy remoto y recóndito e improbable que fuera, que pudiera sugerir cualquier miembro de la audiencia. Veamos un ejemplo de la clase de tema que podían discutir; es un ejemplo real: Un hombre se introduce en la ciudadela del pueblo para matar al tirano que ha estado esquilmando al pueblo; no encuentra al tirano, y mata al hijo del tirano; llega el tirano y ve a su hijo muerto con el cuerpo atravesado por una espada y, movido por un dolor tremendo, se quita la vida; entonces el asesino reclama la recompensa por matar al tirano y librar al pueblo. ¿Es o no es lícito dársela? ¿Se la ha ganado, o no?

Estaban sedientos de aplauso. La competencia entre unos y otros llegaba a tal punto que se cortaban el cuello si podían. Plutarco nos cuenta lo que sucedió con un sofista ambulante

llamado Níger que llegó a un pueblo de Galacia en el que residía un famoso orador. Inmediatamente se organizó una competición entre ambos. Níger tenía que competir o perder su reputación. Se le había clavado una espina de pescado en la garganta y tenía dificultad para hablar; pero por mor de su prestigio tenía que seguir adelante. Poco después se le inflamó terriblemente la garganta, y por último murió. Dión Crisóstomo nos pinta el cuadro de un lugar público en Corinto con toda clase de competidores a tope: «Podrías oír a muchos pobres desgraciados de sofistas gritando e insultándose recíprocamente, y a sus discípulos, como los llamaban, discutiendo, y muchos poetas cantando sus poemas, y muchos juglares haciendo alarde de sus habilidades, y muchos agoreros dando el sentido de los prodigios, y un millar de retóricos tergiversando procesos, y un número no pequeño de comerciantes exhibiendo sus diversos productos.» Todo esto parece la versión antigua de la escena que pinta Leandro Fernández de Moratín en su *La derrota de los Pedantes*. Ahí tenéis precisamente el intercambio de insultos, la envidia y contienda, la constante logomaquia de hombres de mente decadente que deplora el autor de las Pastorales. «A un sofista -escribía Filostrato- le deja fuera de combate en un discurso improvisado una audiencia seria, difícil de complacer y que no aplaude.» «Todos están chalados -decía Dión Crisóstomo- por el murmullo de la multitud... Como hombres que fueran andando en la oscuridad seguían la dirección de los aplausos y de los gritos.» Luciano escribe: «Si tus amigos ven que te estás averiando, que paguen el precio de las cenas que les diste extendiendo sus brazos y dándote una oportunidad de pensar en algo que decir en los intervalos entre los turnos de aplauso.» El mundo antiguo conocía perfectamente la clase de falsos maestros que estaban invadiendo la Iglesia.

Estaban sedientos de alabanzas, y su criterio eran los números. Epicteto nos presenta una escena gráfica del sofista hablando con sus discípulos después de la representación. «"Bien; ¿qué os he parecido hoy?" "Por mi vida, señor, que

me parecisteis admirable." "¿Qué os pareció mi mejor parrafada?" "¿Cuál?" "Cuando describí a Pan y a las ninfas." "Oh, era alucinante a tope."» < "Una audiencia mucho más numerosa hoy, creo," dice el sofista. "Sí, mucho más," responde el discípulo. "Quinientos, diría yo." "¡Eso es absurdo! No pueden haber sido menos de mil." "¡Eso sería más de lo que consiguió nunca Dión! Me pregunto por qué. Y todos apreciaron lo que yo dije." "La belleza, señor, puede mover las piedras."» Estos actores sofistas eran «los niños mimados de la sociedad.» Llegaban a ser senadores, gobernadores, embajadores. Cuando morían, se les construían monumentos, con inscripciones tales como: « La reina de las ciudades al rey de la elocuencia.»

A los griegos les intoxicaba la palabra hablada. Entre ellos, si uno sabía hablar, hacía fortuna. Era en un trasfondo así donde la Iglesia iba creciendo; y no es extraño que este tipo de maestro la invadiera. La Iglesia le ofrecía una nueva área en la que ejercitar sus dones bastardos y ganar un prestigio de bisutería y un no despreciable seguimiento.

CARACTERÍSTICAS DEL FALSO MAESTRO

1 Timoteo 6:3-5 (conclusión)

En este pasaje se nos presentan las características del maestro falso.

(i) Su primera característica era la presunción. Su deseo no era presentar a Cristo, sino hacer alarde de sí mismo. Sigue habiendo predicadores y maestros que están más interesados en ganar seguidores para sí mismos que para Jesucristo, más preocupados en presentar sus propios puntos de vista que en traerles a las personas la palabra de Dios. En una conferencia sobre su antiguo maestro A. B. Bruce, W. M. McGregor dijo: «Uno de nuestros propios pastores de las Highlands dice que se había sorprendido de ver a Bruce una y otra vez durante las conferencias tomar un trocito de papel, echarle una ojeada y

seguir adelante. Un día tuvo oportunidad de ver lo que contenía el papelillo, y descubrió en él un ¡apunte de las palabras: "Oh, envía tu luz y tu verdad" y así se dio cuenta con temor de que el profesor traía al aula la majestad y la plenitud de esperanza del culto.» El gran maestro no ofrece a su audiencia la iluminación de su propia lamparilla, sino la luz y la verdad de Dios.

(ii) Lo que le seducía eran las especulaciones abstrusas y recónditas. Hay una especie de cristianismo que tiene más interés en las discusiones que en la vida. El ser miembro de un grupo de discusión o de estudio bíblico y pasar horas agradables charlando sobre doctrinas no produce necesariamente cristianos. J. S. Whale, en su libro *Doctrina Cristiana*, tiene algunas cosas abrasivas que decir acerca de este intelectualismo complaciente: «Tenemos lo que Valentine dijo de Turio: "Un traficante en palabras, pero en ningún otro tesoro." En vez de quitarnos el calzado de los pies porque el lugar en que nos encontramos es tierra santa, nos ponemos a sacar fotos bonitas de la zarza ardiente desde ángulos convenientes: charlamos sobre teorías de la Expiación con los pies en la chimenea, en vez de arrodillarnos ante las heridas de Cristo.» Como lo expresaba Lutero: « El que se limita a estudiar los mandamientos de Dios (*mandata Dei*) no se conmueve gran cosa. Pero el que escucha a Dios mandando (*Deum mandantem*), ¿cómo puede dejar de aterrarse ante una majestad tan grande?» Como decía Melancthon: «Conocer a Cristo no es especular sobre la forma de Su Encarnación, sino conocer sus beneficios salvíficos.» Gregorio de Nisa trazó un cuadro revelador de la Constantinopla de su tiempo: «Constantinopla está llena de mecánicos y esclavos que son todos ellos profundos teólogos, que predicán en las tiendas y por las calles. Si buscáis alguien que os trabaje un trozo de plata, os informa en qué difiere el Hijo del Padre; si preguntáis el precio de un pan se os dice a manera de respuesta que el Hijo es inferior al Padre; y si preguntáis si está listo el baño, la respuesta es que el Hijo fue hecho de la nada.» Los argumentos sutiles y las

fulgurantes afirmaciones teológicas no nos hacen cristianos. Esa clase de cosa puede que no sea nada más que una manera de evadir el desafío de la vida cristiana.

(iii) El falso maestro es un perturbador de la paz. Es instintivamente competitivo; sospecha de todos los que no están de acuerdo con él; cuando no puede ganar en una discusión lanza insultos a la posición teológica de su oponente, y aun a su carácter; en cualquier discusión el acento de su voz es el de la enemistad, no el del amor. No ha aprendido nunca a decir la verdad en amor. La causa de su amargura es la exaltación de su ego; porque tiende a considerar cualquier discrepancia o cualquier crítica de sus puntos de vista como un insulto personal.

(iv) El maestro falso comercializa la religión. Lo que le interesan son los ingresos. Considera su enseñanza y predicación, no como una vocación, sino como una carrera. De una cosa podemos estar seguros: de que no hay lugar para estos carreristas en el ministerio de ninguna iglesia. Las Pastorales dejan bien claro que el obrero merece su salario; pero el motivo de su trabajo debe ser el servicio público y no la ganancia privada. Su pasión es, no recibir, sino gastar y gastarse en el servicio de Cristo y de sus semejantes.

LA CORONA DEL CONTENTAMIENTO

1 Timoteo 6:6-8

Es verdad que la piedad con contentamiento es una gran ganancia. No hemos traído nada al venir al mundo, y está claro que no podemos llevarnos nada tampoco al salir de él; pero, si tenemos comida y abrigo, démonos por contentos.

La palabra que se utiliza aquí para *contentamiento* es *autárkeia*. Era una de las grandes consignas de los filósofos

estoicos. Con ella querían decir una completa *autosuficiencia*. Querían decir un esquema mental totalmente independiente de todas las cosas externas y que tenía en sí mismo el secreto de la felicidad.

El contentamiento nunca depende de la posesión de cosas externas. Como escribió George Herbert: «Porque el que necesita para vivir cinco mil libras no es menos pobre que el que necesita cinco.» El contentamiento viene de una actitud interior ante la vida. En la tercera parte de *Enrique VI*, Shakespeare traza una escena del rey vagando por lugares rústicos de incógnito. Se encuentra con dos campesinos y les dice que él es un rey. Uno de ellos le pregunta: «Pero si tú eres un rey, ¿dónde está tu corona?» Y el rey le da esta gran respuesta: « Mi corona está en mi corazón, no en mi cabeza; no adornada de diamantes y de piedras de la India; no se puede ver; mi corona se llama contentamiento -una corona que rara vez llevan los reyes.»

Hace mucho tiempo los filósofos griegos ya habían encontrado el cabo de la madeja. Epicuro decía de sí mismo: «Para quien poco no es bastante, nada es bastante. Dame un panecillo de cebada y un vaso de agua, y estoy dispuesto a rivalizar con Zeus en felicidad.» Y cuando alguien le pregunta por el secreto de la felicidad, su respuesta es: « No añadas nada a las posesiones de un hombre, sino quítaselo de sus deseos.»

Los grandes hombres siempre han estado contentos con poco. Uno de los dichos de los rabinos judíos era: «¿Quién es rico? El que está contento con su suerte.» Walter Lock cita la clase de entrenamiento a que se sometía un rabino judío y la clase de vida que vivía: «Éste es el camino de la Ley. Un bocado con sal que comer, y una medida de agua que beber, y dormir en el suelo y vivir una vida dura mientras te afanas en la Ley. Si esto haces, serás feliz, y te irá bien; serás feliz en este mundo, y te irá bien en el mundo por venir.» El rabino tenía que aprender a contentarse con lo suficiente. E. F. Brown cita un pasaje del gran predicador Lacordaire: «La pega de nuestro presente es que nadie sabe vivir con poco. Los grandes hombres de la antigüedad eran pobres por lo general... siempre

me parece que la reducción de gastos inútiles, el dejar a un lado lo que uno podría llamar de relativa necesidad, es el camino real a la liberación cristiana del corazón, como lo era para el vigor antiguo. La mente que ha aprendido a apreciar la belleza moral de la vida, tanto en relación con Dios como con los hombres, no puede inquietarse mucho por los reveses de la fortuna; y lo que nuestra edad más necesita es ver a un hombre que puede que tenga de todo, pero que esté dispuesto a contentarse con poco. Por lo que a mí se refiere, humanamente hablando, no deseo nada. Un alma grande en una casa pequeña es la idea que me ha impactado siempre más que ninguna otra.»

No es que el Cristianismo defienda la pobreza. No hay ninguna virtud especial en ser pobre, o en pasar angustias para acabar el mes. Pero sí defiende dos cosas.

Apuesta por la conciencia de que no está nunca en el poder de las cosas el producir la felicidad. E. K. Simpson: < Muchos millonarios, después de ahogarse el alma con polvo de oro, han muerto de melancolía. » La felicidad siempre viene de las relaciones personales. Todas las cosas del mundo no harán feliz a un hombre que no conoce ni la amistad ni el amor. El cristiano sabe que el secreto de la felicidad se esconde, no en las cosas, sino en las personas.

Apuesta por la concentración en las cosas que son permanentes. Nada trajimos al mundo y nada podremos sacar de él. Los sabios de todos los tiempos y la fe han sabido esto. < No puedes mecía Séneca- sacar del mundo nada más de lo que has introducido. » El poeta de la antología griega decía: < Desnudo puse pie a tierra; desnudo pasaré bajo la tierra. » El proverbio español lo expresa lúgubrememente: < Una mortaja no tiene bolsillos. » E. K. Simpson comenta: < Todo lo que una persona amase en su camino es en calidad de equipaje; no es parte de su verdadera personalidad, sino algo que se deja atrás en la aduana de la muerte. »

Sólo hay dos cosas que uno pueda llevar a Dios. Puede, y debe, llevarse a sí mismo; y, por tanto, su gran tarea es

edificarse a sí mismo y llevarse sin vergüenza a Dios. Puede, y debe, llevar esa relación con Dios en la que ha entrado en los días de su vida. Ya hemos visto que el secreto de la felicidad está en las relaciones personales, y la más importante de todas las relaciones personales es la que tenemos con Dios. Y la cosa suprema que uno puede llevar consigo es la convicción inquebrantable de que va a Uno que es el Amigo y el Amante de su alma.

El contentamiento viene cuando nos desmarcamos de la esclavitud de las cosas, cuando encontramos nuestra riqueza en el amor y en la comunión con nuestros semejantes, y cuando nos damos cuenta de que nuestra más preciosa posesión es nuestra amistad con Dios, hecha posible por medio de Jesucristo.

EL PELIGRO DEL AMOR AL DINÉRO

1 Timoteo 6:9s

Los que quieren hacerse ricos caen en tentación y en red, y en muchos deseos insensatos y peligrosos de cosas prohibidas, deseos que sumergen a las personas en un mar de ruina y pérdida total tanto en el tiempo como en la eternidad. Porque el amor al dinero es la raíz de la que brotan todos los males; y algunas personas, en su afán por poseerlo, han sido tristemente descarriadas, y se han visto atravesadas por innumerables dolores.

Aquí tenemos uno de los dichos de la Biblia que se citan mal más corrientemente. La escritura no dice que *el dinero* sea la raíz de todos los males; dice que *el amor al dinero* es la raíz de todos los males. Ésta es una verdad de la que los grandes pensadores clásicos eran tan conscientes como los maestros cristianos. < El amor al dinero decía Demócrito- es la metrópoli de todos los males. » Séneca habla del «deseo de lo

que no nos pertenece, del cual brota todo el mal de nuestra mente.» «El amor al dinero decía Focílides- es la madre de todos los males.» Filón hablaba del «amor al dinero que es el punto de salida de las mayores transgresiones de la ley.» Ateneo cita un dicho: «El placer del vientre es el principio y la raíz de todos los males.»

El dinero no es en sí mismo ni bueno ni malo; pero el amor al dinero puede conducir al mal. Con el dinero puede que un hombre sirva egoístamente sus propios deseos; con él puede responder a la petición de ayuda de su prójimo necesitado. Con él puede facilitar el camino a las malas acciones; con él puede hacerle más fácil a otros el vivir como Dios quiere que vivan. El dinero no es en sí mismo un mal, pero sí es una gran responsabilidad. Es poderoso para el bien y poderoso para el mal. Entonces, ¿cuáles son los peligros especiales que conlleva el amor al dinero?

(i) El deseo de dinero tiende a convertirse en una sed insaciable. Había un proverbio latino que decía que la riqueza es como el agua del mar; lejos de calmar la sed, la intensifica. Cuanta más se obtiene, más se quiere.

(ii) El deseo de riqueza se basa en una ilusión. Se basa en el deseo de seguridad; pero la riqueza no puede comprar la seguridad. No puede comprar la salud, ni el verdadero amor; y no puede librar del dolor ni de la muerte. La seguridad que se basa en cosas materiales está condenada anticipadamente a fracasar.

(iii) El deseo de dinero tiende a hacer a una persona egoísta. Si lo que le mueve es el deseo de riqueza, no le importará el que otros tengan que perder para que él gane. El deseo de riqueza fija los pensamientos de una persona en sí misma, y los demás se convierten en meros medios u obstáculos en el camino de su propio enriquecimiento. Es verdad que eso *no tiene por qué* pasar; pero *pasa*.

(iv) Aunque el deseo de riqueza se basa en el deseo de seguridad no conduce más que a la ansiedad. Cuanto más tenga una persona que guardar, más tendrá que perder; y tenderá a

estar obsesionado por el riesgo de perder. Hay una vieja fábula acerca de un campesino que le prestó al rey un gran servicio, por lo que le recompensó con mucho dinero. Durante algún tiempo el hombre estuvo encantado; pero llegó un día cuando fue al rey y le suplicó que le quitara todo lo que le había dado, porque se había introducido en su vida una antes desconocida ansiedad de perder todo lo que tenía.

(v) El amor al dinero es fácil que conduzca a una persona a malas maneras de conseguirlo; y por tanto, al final acabe en dolor y remordimiento. Eso es cierto incluso físicamente. Puede forzar su cuerpo tanto en su pasión por obtener que arruina su salud. Puede que descubra demasiado tarde el daño que ha causado a otros su deseo y se vea abrumado de remordimientos.

El tratar de ser independiente y de proveer prudentemente para el futuro es un deber cristiano; pero el hacer del amor al dinero el motor de la vida no puede ser más que el más peligroso de los pecados.

DESAFÍO A TIMOTEO

1 Timoteo 6:11-16

Pero tú, hombre de Dios, huye de estas cosas. Proponte la integridad, la bondad, la fe, el amor, la paciencia, la amabilidad. Pelea la buena pelea de la fe; aférrate a la vida eterna, a la que eres llamado ahora que has testificado una noble profesión de tu fe en presencia de muchos testigos. Te encargo a la vista de Dios, que hace vivir todas las cosas, y a la vista de Jesucristo, que en los días de Poncio Pilato testificó su noble profesión, que guardes el mandamiento, que te mantengas sin mancha ni vergüenza hasta el día en que aparezca nuestro Señor Jesucristo, cuya aparición mostrará en su propio buen tiempo el bendito y único Soberano, el Rey de reyes y el Señor

de señores, el único que posee la inmortalidad, que mora en luz inaccesible, a Quien ninguna persona ha visto ni puede ver nunca, a Quien sea honor y poder eterno. Amén.

La carta termina con un tremendo desafío a Timoteo, un desafío tanto más grande por la deliberada nobleza de las palabras en que está vestido.

Desde el mismo principio se pone a Timoteo en su categoría. Pablo se le dirige como hombre de Dios. Ese es uno de los grandes títulos del Antiguo Testamento. Es un título que se le da a Moisés. *Deuteronomio 33:1* habla de «Moisés, varón de Dios.» El título del *Salmo 90* es «una oración de Moisés, varón de Dios.» Es el título de los profetas y de los mensajeros de Dios. El mensajero de Dios que fue enviado a Elí era un hombre de Dios (*1 Samuel 2:27*). Samuel se describe como hombre de Dios (*1 Samuel 9:6*). Semaías, el mensajero de Dios a Roboam, es un hombre de Dios (*1 Reyes 12:22*). Juan Bunyan en *El peregrino* llama a Gran-Gracia «campeón de Dios.»

Aquí tenemos un título de honor. Cuando se le encarga la comisión a Timoteo, no se le recuerda su propia debilidad y pecado, que podrían haberle reducido a una desesperación pesimista; más bien se le desafía por el honor que es suyo de ser un hombre de Dios. Es la manera característicamente cristiana, no el deprimir a una persona definiéndola como pecadora perdida, sino más bien elevarla convocándola a ser lo que tiene en sí ser. La manera característicamente cristiana no consiste en arrojarle a uno su pasado humillante a la cara, sino presentarle el esplendor de su futuro potencial. El mismo hecho de que se dirija a Timoteo como «hombre de Dios» le haría cuadrar los hombros y levantar la cabeza a uno que ha recibido su comisión del Rey.

Las virtudes y cualidades nobles que se colocan delante de Timoteo no se han reunido casualmente. Hay un orden entre ellas. La primera que viene es la *integridad, dikaiosyné*. Esta

se define como «darle tanto a los hombres como a Dios lo que les es debido.» Es la más general de las virtudes; un hombre íntegro es el que cumple con su deber para con Dios y para con sus semejantes.

En segundo lugar viene un grupo de tres virtudes que se orientan hacia Dios. *Piedad, eusébeia*, es la reverencia del que nunca deja de darse cuenta de que toda la vida transcurre en la presencia de Dios. *La fe, pistis*, aquí quiere decir *fidelidad*, y es la virtud de quien, a través de todos los azares y avatares de la vida, aun hasta las mismas puertas de la muerte, es leal a Dios. *El amor, agapé*, es la virtud de quien, aun si es probado, no podría olvidar lo que Dios ha hecho por él ni el amor de Dios a los hombres.

En tercer lugar viene la virtud que se orienta a la conducta de la vida. Es *hypomoné*. La Reina-Valera traduce esta palabra por *paciencia*, pero *hypomoné* nunca quiere decir el espíritu que se sienta con los brazos cruzados y simplemente soporta las cosas dejando que las experiencias de la vida fluyan sobre él como una marea. Es una perseverancia victoriosa. « Es una constancia firme en la fe y en la piedad a pesar de la adversidad y el sufrimiento.» Es la virtud que más que aceptar las experiencias de la vida las conquista.

En cuarto lugar aparece la virtud que se dirige a los hombres. La palabra griega es *praypathía*. Se traduce por *amabilidad*, pero es realmente intraducible. Describe el espíritu que nunca se inflama de ira por las ofensas que recibe pero que puede ser devastadoramente airado por las ofensas que reciben otros. Describe el espíritu que sabe perdonar y que sin embargo sabe librar la batalla de la integridad. Describe el espíritu que camina al mismo tiempo en la humildad y en la dignidad de su sublime llamada de Dios. Describe la virtud por la cual en todo tiempo una persona es capacitada para tratar rectamente a sus semejantes y para considerarse rectamente a sí misma.

RECUERDOS QUE INSPIRAN

1 Timoteo 6:11-16 (conclusión)

Con el desafío de las tareas para el futuro recibe Timoteo la inspiración de las memorias del pasado.

(i) Ha de recordar su bautismo y los votos que hizo entonces. En las circunstancias de la Iglesia Primitiva el bautismo era inevitablemente de adultos, para personas que venían directamente del paganismo a Cristo. Era la confesión de fe y el testimonio a todos los hombres de que la persona bautizada había tomado a Jesucristo como Salvador, Maestro y Señor. La más temprana de todas las confesiones cristianas era el sencillo credo: «Jesucristo es Señor» (*Romanos 10:9; Filipenses 2:11*). Pero se ha sugerido que detrás de estas palabras a Timoteo se esconde una confesión de fe que decía: «Creo en Dios Todopoderoso, Creador del cielo y de la Tierra, y en Jesucristo, que sufrió bajo Poncio Pilato y volverá a juzgar; creo en la resurrección de los muertos y en la vida inmortal.» Bien puede haber sido un credo así el que usó Timoteo para confesar su fe. Así que, en primer lugar, se le recuerda que es un hombre que se ha comprometido. El cristiano es por encima de todo una persona que se ha comprometido con Jesucristo.

(ii) Se le recuerda que ha hecho la misma confesión de su fe que hizo Jesús. Cuando Jesús se encontró ante Pilato, Pilato le preguntó: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» Y Jesús contestó: «Tú lo has dicho» (*Lucas 23:3*). Jesús había testificado que Él era un Rey; y Timoteo siempre había testificado el señorío de Cristo. Cuando el cristiano confiesa su fe, hace lo que ya hizo su Maestro; cuando sufre por su fe, pasa por lo que pasó su Maestro. Cuando estamos comprometidos en alguna gran empresa, podemos decir: «Hermanos, estamos recorriendo el camino que anduvieron los santos,» pero cuando confesamos nuestra fe delante de los hombres, podemos decir aun más; podemos decir: «Estoy con Cristo;» y esto debe elevar nuestros corazones e inspirar nuestras vidas.

(iii) Ha de recordar que Cristo viene otra vez. Ha de recordar que su vida y obra han de ser dignas de que Él las contemple. El cristiano no trabaja para satisfacer a los hombres; trabaja para satisfacer a Cristo. La pregunta que debe hacerse siempre no es: «¿Es esto suficientemente bueno para recibir el aprobado de los hombres?» Sino: «¿Es esto bastante bueno para recibir la aprobación de Cristo?»

(iv) Por encima de todo ha de recordar a Dios. ¡Y qué recuerdo es este! Ha de tener presente al Que es Rey de todos los reyes y Señor de todos los señores; el único que posee el don de la vida eterna para dárselo a los hombres; el único Cuya santidad y majestad son tales que ninguna persona puede nunca osar mirarlas. El cristiano debe recordar siempre a Dios y decir: «Si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros?»

CONSEJOS A LOS RICOS

1 Timoteo 6:17-19

Encarga a los que son ricos en los bienes de este mundo que no sean orgullosos, y que no pongan sus esperanzas en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios que les da abundantemente todas las cosas de que disfrutan. Encárgales que hagan el bien; que encuentren su riqueza en acciones nobles; que estén prontos a compartir todo lo que tienen; que sean hombres que no olvidan nunca que son miembros de una fraternidad; que atesoren para sí el tesoro de un buen cimiento para el mundo por venir, que tomen posesión de la vida verdadera.

Algunas veces pensamos que la Iglesia Primitiva estaba formada exclusivamente por pobres y esclavos. Aquí vemos que ya entonces tenía miembros ricos. No se los condena por ser ricos, ni se les dice que renuncien a sus riquezas; pero se les dice lo que deben hacer con su riqueza y lo que no.